

Los factores asociados a las pandillas juveniles en Centroamérica¹

José Miguel Cruz²

*Instituto Universitario de Opinión Pública
Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”
El Salvador*

Resumen

En este artículo, el autor hace un repaso de los factores sociales que explican la aparición de las maras o pandillas juveniles en los países del norte de Centroamérica. Para ello, se sintetizan las tesis más importantes que ayudan a comprender el fenómeno de las maras en la región, sobre la base de los resultados de los estudios académicos ya elaborados y se echa mano de los testimonios recabados de jóvenes pandilleros de alguno de esos estudios. Lo anterior implica no solo señalar los factores que parecen ser algunos de los más determinantes detrás de la problemática, sino también cuestionar algunos de los supuestos o planteamientos que se hacen en torno al fenómeno y sus actores: las y los jóvenes pandilleros.

1. Introducción

Desde hace varios años, las pandillas juveniles han sido un problema de seguridad pública y de

salud para los países del norte de Centroamérica. Luego de las guerras que afectaron la región en la década de los ochenta, las pandillas juveniles, mejor conocidas localmente como “maras”, se convir-

1. Una versión preliminar de este artículo fue presentada en la conferencia “Voices from the field: local initiatives and new research on Central American youth gang violence”, organizada por la Coalición Interamericana para la Prevención de la Violencia Juvenil, el 23 de febrero de 2005, en la sede de la Organización Panamericana de la Salud en Washington, D.C.
2. Director Ejecutivo del Instituto Universitario de Opinión Pública de la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”.

tieron en una nueva fuente de preocupación para los gobiernos y la sociedad civil de El Salvador, Honduras y Guatemala. Aunque las pandillas juveniles ya existían en modalidades violentas en esos países antes de que finalizaran los conflictos militares, el constante flujo de migración entre los países centroamericanos y los Estados Unidos, importó los modelos culturales de pandillerismo que se habían desarrollado en las calles de Los Ángeles y, sobre todo, convirtió a estos grupos en un especie de red transnacional informal de violencia.

Las maras o pandillas juveniles centroamericanas no han surgido recientemente. No son el producto de los primeros años del nuevo siglo como muchas veces se sugiere en las notas de prensa o en las intervenciones de los funcionarios. Las primeras expresiones de lo que actualmente se conocen como maras surgieron casi simultáneamente en Los Ángeles, en San Salvador, en Ciudad de Guatemala y en Tegucigalpa, como resultado, por un lado, de los procesos de migración de los centroamericanos, especialmente de los salvadoreños a Estados Unidos en la década de los ochenta y, por otro lado, como producto de las condiciones de vida en la cual crecían los jóvenes en los países de origen. Mientras en Estados Unidos los jóvenes se integraban a las pandillas ya existentes, como la Pandilla de la *Calle 18* y creaban nuevas agrupaciones para reafirmar la identidad étnica de sus integrantes, como la *Mara Salvatrucha*; en las capitales centroamericanas, los jóvenes se integraban a un gran número de pequeñas pandillas que operaban en distintas zonas de la capital y que mantenían el control haciendo uso intensivo de la violencia (Levenson, 1989; Argueta y otras, 1992; Salomón, 1993).

El retorno de jóvenes de Estados Unidos, ya sea porque sus familias regresaban a sus países luego del fin de las guerras o porque eran deportados por las autoridades estadounidenses a causa de su pertenencia a las pandillas, facilitó que ambas expresiones del fenómeno de las pandillas entraran en contacto y que las maras en Centroamérica adoptaran los modelos culturales de Los Ángeles. Esto dio origen a un proceso según el cual todas las pandillas existentes se alinearon con una de las dos grandes organizaciones pandilleras en las que estaban involucrados los salvadoreños en Estados Unidos. Las *clikas* en Centroamérica, originalmente en El Salvador, adoptaron la identidad de la *Mara Salvatrucha* o la *Pandilla 18*, y con ello se trasladaron las expresiones de conflictos y violencia entre ambas organizaciones.

siones de conflictos y violencia entre ambas organizaciones.

Lo que comenzó siendo una serie de pequeñas pandillas locales y diferenciadas terminó convirtiéndose en una amplia federación de *clikas* adscritas a una de las dos grandes pandillas, las cuales cubrían casi todas las ciudades importantes, primero en El Salvador y luego en el resto de países del norte de Centroamérica. Estos procesos se vieron potenciados, además, por la comunicación migratoria entre los países centroamericanos (ver ERIC, IDESO, IDIES e IUDOP, 2001).

A principios de la década de los noventa, ya no era extraño escuchar voces de preocupación en Centroamérica por el rápido crecimiento de estos grupos juveniles. Por ejemplo, en enero de 1987, el periódico *El Gráfico* de Guatemala publicó el primer reportaje sobre estos grupos, en el cual se identifica a las maras como un grupo decididamente organizado para delinquir (ver Merino, 2001). Una encuesta realizada por el Instituto Universitario de Opinión Pública de la UCA de El Salvador daba cuenta de que casi la mitad de la población adulta urbana de todo el país (el 46.9 por ciento) señalaba que habían maras o pandillas en su comunidad (IUDOP, 1993). En Honduras, un informe de la policía, revisado por Salomón (1993), permite establecer que a principios de los años noventa existían en Tegucigalpa un total de 45 pandillas distintas con un número aproximado de 1 100 miembros en total.

A pesar de estos indicios del creciente problema de las pandillas juveniles, los primeros estudios sobre el mismo no aparecen sino hasta unos años después, con excepción de los estudios de AVANCSO en ciudad de Guatemala, en 1988 (Levenson, 1989), y de Argueta y colegas, desarrollado en la ciudad de San Salvador entre los años 91 y 92 (Argueta y otras, 1992). En Guatemala, tomará algunos años más para que se vuelvan a producir otros estudios sobre el tema y no es sino hasta la siguiente década que Merino contribuye con una trilogía de estudios en Guatemala como parte del proyecto "Maras y pandillas en Centroamérica" (ver Merino, 2001; 2004 y 2005). En El Salvador, en donde ha habido un desarrollo más amplio del tema, los estudios más sistemáticos se comienzan a desarrollar hacia 1996 y comienzan a ver la luz hacia 1998. Estas investigaciones, patrocinadas por organizaciones como UNICEF y Save the Children, y llevadas a cabo por FLACSO (Smutt y Miranda,

1998) y el IUDOP (Cruz y Portillo, 1998), ofrecen un primer examen de la situación, las causas y las dinámicas de las pandillas en El Salvador. Dichos estudios son complementados por los conducidos por Santacruz y Concha-Eastman (2001), por el equipo del IUDOP en el proyecto de “Maras y pandillas en Centroamérica” (Santacruz y Cruz, 2001; Cruz, Carranza y Santacruz, 2004; Carranza, 2005) y por el estudio sobre niños en violencia armada llevado a cabo en El Salvador por Carranza (2005). En Honduras, durante varios años, el tema de las pandillas es abordado tangencialmente en los estudios sobre la violencia en ese país, pero no es sino hasta el trabajo de Salomón, Castellanos y Flores (1999) que el fenómeno de las pandillas es estudiado de forma directa. El conocimiento sobre la problemática es profundizado posteriormente por el desarrollo local del proyecto regional “Maras y pandillas en Centroamérica” (ver Castro y Carranza, 2001; Carranza, Castro y Domínguez, 2004; Flores y otros, 2005) y por el amplio estudio titulado “Las maras en Honduras”, realizado por Save the Children UK y la Asociación Cristiana de Jóvenes de Honduras (2002).

Todos esos estudios han generado una ingente cantidad de información sobre el fenómeno de las pandillas en los países del norte de Centroamérica y han generado no pocas discusiones sobre sus causas, sus dinámicas y sus consecuencias. Dichos estudios han revelado que a pesar de las diferencias en las expresiones del fenómeno en cada uno de los países del norte de Centroamérica, la problemática de las maras y pandillas juveniles tiene rasgos comunes en dichos países y ha evolucionado a lo largo de los años de manera muy similar³. Eso permite hablar de un mismo fenómeno en el norte de Centroamérica, en el cual las expresiones culturales básicas, el uso de la violencia y la vinculación con otras expresiones de criminalidad son más o menos parecidas.

Sin embargo, durante varios años, y a pesar de la creciente preocupación pública por el fenóme-

no, los distintos gobiernos de la región norte de Centroamérica no le prestaron atención al problema de la violencia juvenil y las pandillas, y el fenómeno siguió creciendo de forma relativamente lenta y silenciosa. Las únicas iniciativas en los países de la región se tradujeron en esporádicas respuestas represivas y en intentos por reformar las leyes minoriles y penales para permitir que los menores de 18 años pudiesen ser juzgados como adultos, partiendo de la suposición de que buena parte de los delitos graves eran cometidos por menores de dieciocho años. Sin embargo, ningún plan o política de prevención sobre la violencia juvenil o sobre las pandillas fue elaborado de manera consistente en El Salvador, Honduras o Guatemala y la integración y la evolución de los grupos continuó en ascenso.

Hacia el año 2001, los estudios centroamericanos daban cuenta de un agravamiento del fenómeno de las pandillas, aparentemente tanto en términos cuantitativos como en términos cualitativos. A inicios de la actual década parecían haber más jóvenes integrados a las pandillas en comparación con años atrás, pero sobre todo había evidencias de que las maras habían aumentado significativamente su participación en los hechos de violencia y en las redes locales del narcotráfico (ver Santacruz y Concha-Eastman, 2001). A pesar de que era todavía posible identificar entre los pandilleros un fuerte componente de motivaciones asociadas a valores como la solidaridad, el respeto y la construcción de identidad, los estudios señalaban que las actividades criminales y el consumo de drogas estaban convirtiéndose paulatinamente en las finalidades en sí mismas de las actividades pandilleriles.

Esta evolución relativamente lenta del fenómeno y el precario equilibrio de la dinámica impuesta entre las pandillas y la sociedad se rompió cuando, hacia el año 2003, se introdujeron los planes de mano dura o de cero tolerancia en los tres países del norte de Centroamérica. Conocidos en Guatemala como el

3. En Nicaragua y Costa Rica, la expresión del fenómeno de pandillas juveniles ha sido cualitativa y cuantitativamente distinto al resto de países de la región. Tanto Costa Rica como Nicaragua han enfrentado el problema de violencia juvenil y pandillas, pero estas no han llegado a tener las expresiones culturales importadas de los Estados Unidos ni han adquirido los nombres ni las franquicias originarias de las calles de Los Ángeles. Las pandillas en el sur de Centroamérica tampoco han crecido con el ritmo característico del resto de países y no han llegado a constituir un actor fundamental en la prevalencia del crimen y la violencia en dichos países. Por ejemplo, un informe interno de la Policía Nacional de Nicaragua señala que, a diferencia de Guatemala, El Salvador y Honduras, en donde el porcentaje de homicidios cometidos por los pandilleros es mayor del 20 por ciento, en Nicaragua no llega siquiera al 1 por ciento (Gurdián, 2004).

Plan Escoba, en El Salvador como Plan Mano Dura y en Honduras como Libertad Azul o Cero Tolerancia, estos programas declararon la guerra a las pandillas e introdujeron una dinámica en la que la aplicación de la fuerza por parte del Estado era el principal eje de enfrentamiento del problema. Esto dio como resultado que las pandillas se replantearan su propio funcionamiento, se reorganizaran en estructuras más verticales, más rígidas y más violentas, y que comenzaran a reconocer liderazgos que permitieran comunicaciones formales con otros grupos de pandillas y de crimen organizado.

Para mediados de la presente década, las pandillas se han convertido en una clara amenaza para la seguridad de los países de la región. Ya no solo constituyen un riesgo circunstancial para la seguridad de personas de las comunidades en las ciudades en donde operan, sino que también se han convertido, o están en proceso de convertirse, en grupos de crimen organizado cuya motivación fundamental es el control ilegal de los recursos y personas que habitan en las comunidades en donde ellos se asientan; en tal sentido, el ejercicio de la violencia se ha convertido en la nota más habitual y definitiva de su accionar.

Todo lo anterior se ha traducido en un claro agravamiento del problema de las pandillas y ello ha generado una enorme atención de parte de políticos, funcionarios, medios de comunicación y agencias de cooperación internacional. La mayor parte de esta atención, sin embargo, ha estado guiada por las informaciones no siempre de valiosa calidad por parte de los medios de comunicación, los cuales han favorecido la creación de una serie de mitos sobre las pandillas que no contribuyen sino a reforzar los enfoques superficiales, reactivos e inmediatistas de atención a la problemática de la juventud enrolada en las pandillas o en riesgo de hacerlo. Muchos de los estudios locales sobre el fenómeno simplemente han sido pasados por alto o han sido ignorados, en buena medida porque los mismos son bastante extensos y han cubierto diversas áreas de la problemática de la violencia juvenil y de las maras;

también han sido pasados por alto porque los mismos estudios han mostrado que no hay respuestas fáciles a muchas de las preguntas que plantea el fenómeno, sobre todo cuando estas se refieren a su constitución, a su evolución y al uso de la violencia en la vida cotidiana.

De allí que se vuelve necesario hacer un resumen de las condiciones que han posibilitado la aparición de este fenómeno, precisamente en los países del norte de Centroamérica. Está claro que, aunque el fenómeno de las pandillas juveniles suele ser común en las grandes concentraciones urbanas, la expresión de las mismas en los países de la región es particularmente distinta y ha sido producto de la conjunción de diversos factores muy particulares de la región y de la evolución producto de las displicencias estatales.

Este artículo pretende hacer un repaso de los factores sociales que explican la aparición de las maras o pandillas juveniles en los países del norte de Centroamérica. Para ello, se sintetizan las tesis más importantes que ayudan a comprender el fenómeno de las maras en la región, sobre la base de los resultados de los estudios académicos ya elaborados, y se echa mano de los testimonios recabados de jóvenes pandilleros de alguno de esos estudios. Lo anterior implica no solo señalar los factores que parecen ser algunos de los más determinantes detrás de la problemática, sino también cuestionar algunos de los supuestos o planteamientos que se hacen en torno del fenómeno y sus actores: las y los jóvenes pandilleros.

2. Las pandillas como un fenómeno sociohistórico

Las maras centroamericanas, como todos los fenómenos sociales, no constituyen un evento fortuito que surgió de la nada o como producto de alguna especie de designio divino o de una predisposición genética de los jóvenes habitantes centroamericanos. En realidad, constituyen el resultado de un proceso de construcción histórica en el que intervienen condiciones sociales, decisiones políticas y eventos coyunturales. Siguiendo el modelo

[...] las maras en Centroamérica son el resultado de una permanente dinámica social, en la cual importa no solo quiénes son los pandilleros y el entorno en el que viven, sino también importa lo que las sociedades, a través de sus gobernantes y sus líderes, han hecho o han dejado de hacer en relación con la juventud.

de factores de riesgo en epidemiología, el fenómeno de las pandillas juveniles del norte de Centroamérica son el producto de la concurrencia de un gran número de factores que han sido determinados social e históricamente.

Esto implica varias cosas. En primer lugar, que las pandillas no nacieron ni se desarrollaron como producto o como respuesta de una sola causa. Las maras centroamericanas no son simplemente el resultado de la pobreza de buena parte de la población centroamericana, tampoco son meramente el producto de las guerras civiles que asolaron la región durante la década de los años ochenta; y tampoco surgen como el producto natural de los procesos de migración y deportación de los centroamericanos en Estados Unidos. Esto no quiere decir que dichos factores no sean importantes o que no jueguen cierto papel en la aparición, manifestación y desarrollo de las pandillas. Lo que quiere decir es más bien que factores como la guerra civil, la pobreza o la migración no logran explicar por sí mismos al fenómeno de las pandillas, como tampoco otros factores logran explicar el fenómeno en el vacío.

En realidad, las maras son el producto de una gran variedad de factores sociales que se expresan temporalmente en diversas condiciones de vida. Estas condiciones son las que al final de cuentas transforman el entorno ecológico y han permitido el surgimiento y la reproducción de las pandillas. Por ejemplo, la pobreza, que suele ser mencionada muchas veces como uno de los factores más decisivos en la aparición de las pandillas y en la conducta criminal de estas, constituye una condición importante solo si la misma se cristaliza como parte de un agudo contexto de desigualdad y si ella genera procesos de exclusión social, como se verá más adelante. Antes que la pobreza en sí mismas, la mayoría de los estudios remiten a las desigualdades socioeconómicas y a los procesos de exclusión que estas generan (Cruz, 2004). De la misma forma, las guerras civiles centroamericanas, que han sido ampliamente citadas por funcionarios y medios de comunicación como las precursoras de un ejército de jóvenes dispuestos a utilizar intensamente la violencia, no explican por sí mismas el hecho de que cientos de jóvenes se integren a las pandillas. Todos los primeros estudios que se hicieron con pandillas no mostraron evidencia alguna de que los niños y jóvenes que combatieron en las guerras civiles de El Salvador y Guatemala (Honduras no tuvo guerra civil durante los años ochenta) se hayan trans-

formado en los primeros integrantes de las maras (ver Levenson, 1989; Argueta y otras, 1992), ni estudios posteriores sobre los agresores encontraron un vínculo entre las maras y los ex combatientes (ver Lederman, 2000), como muchas veces sugieren quienes apuntan a una vinculación entre los conflictos bélicos y las maras. Esto no significa que las guerras en su conjunto no tienen nada que ver con la aparición posterior de las pandillas; en realidad, los conflictos civiles contribuyeron creando otras condiciones que posteriormente favorecerían el particular desarrollo de las maras centroamericanas: generaron el exilio y los ulteriores retornos migratorios que luego contribuirían a difundir la cultura pandillera (Smutt y Miranda, 1998), exacerbaron la cultura de violencia que ya existía en la sociedad salvadoreña y facilitaron el acceso de los jóvenes a las armas de fuego de cualquier tipo. Además, la “contribución” de las guerras al fenómeno de las pandillas queda en entredicho cuando se constata de que Nicaragua, que sufrió un conflicto bélico, no tiene el tipo de pandillerismo que afecta a los países del norte de Centroamérica y Honduras que, por el contrario, no tuvo guerra civil interna, una de las expresiones más agudas del fenómeno desde finales de la década de los noventa.

En segundo lugar, la construcción histórica del fenómeno de las maras centroamericanas implica que las mismas no constituyen un fenómeno estático; son más bien el producto de un proceso continuo de evolución y transformación que data de varios años. El pandillerismo centroamericano no surgió de la nada ni apareció repentinamente. Las maras centroamericanas contemporáneas son las herederas de largo plazo de los grupos juveniles urbanos que sobrevivían en las marginalidades de las grandes ciudades y que las condiciones sociales, tanto como las decisiones políticas, han transformado y estimulado para convertirse primero en pandillas de poca relevancia y después en grupos de cuasi crimen organizado. En tal sentido, las maras son, en parte, el producto de los eventos sociales que han marcado a las sociedades centroamericanas en las últimas dos décadas —o quizás más—, los cuales han determinado la manera en que se ha desarrollado el fenómeno. Esos eventos sociales constituyen, por un lado, la concurrencia de ciertas condiciones sociodemográficas: porcentaje de población joven, nivel de pobreza y desigualdad, acceso a educación, salud, vivienda y espacios de esparcimiento, entre otros; pero, por otro lado, son el producto de la intervención política de las socie-

dades, es decir, son el resultado de las decisiones políticas, deliberadas o no, concientes o no, que los Estados han hecho para lidiar con su población joven y para enfrentar el problema de las pandillas.

En otras palabras, las maras en Centroamérica son el resultado de una permanente dinámica social, en la cual importa no solo quiénes son los pandilleros y el entorno en el que viven, sino también importa lo que las sociedades, a través de sus gobernantes y sus líderes, han hecho o han dejado de hacer en relación con la juventud. Esos aspectos son los que han determinado la manera en que ha evolucionado el fenómeno a lo largo de los años y son los que ayudan a comprender por qué la presencia de entornos y de realidades sociales muy parecidas no necesariamente han derivado en el mismo tipo de fenómeno pandilleril en todos los países.

Finalmente, el carácter sociohistórico del fenómeno de las maras centroamericanas implica que, aun cuando las maras tienen características comunes en los tres países del norte de Centroamérica, en el sur de México y en las calles de algunas ciudades de Estados Unidos, las expresiones de dichos grupos en cada uno de los lugares y las dinámicas particulares de los grupos que operan en estos lugares no son necesariamente los mismos. Cada entorno particular impone una serie de condicionantes que determinan, en primer lugar, las dinámicas de comportamiento de los pandilleros al interior del país o de la región urbana y, en segundo lugar, los procesos de formación de normatividad y valores que fijarán los comportamientos futuros del grupo pandilleril. Eso explica las diferencias que se encuentran en el comportamiento de los miembros y las *clikas* de una misma pandilla de un país a otro. Así, lo que puede ser un comportamiento “normal” para unos pandilleros dentro de un país puede ser completamente impensable para la misma pandilla o franquicia en otro país. Por ejemplo, comportamientos como “Correr el Sur”, que es establecer alianzas entre pandillas enemigas dentro de los centros de reclusión, puede ser aceptable en las cárceles estadounidenses y hasta muy recientemente en las guatemaltecas, pero es claramente imposible en las penitenciarías hondureñas y salvadoreñas. Esto como producto del entorno de violencia pandilleril y de políticas estatales que giran alrededor de la reclusión de los jóvenes pandilleros.

La diversidad de las expresiones del fenómeno de las maras enfatiza, en tal sentido, el carácter sociodinámico de las pandillas centroamericanas y

cuestiona los discursos que señalan el supuesto carácter conspirativo del crecimiento y el desenvolvimiento de las pandillas en los países de la región. A final de cuentas, mucho del comportamiento de las maras —incluido su innegable carácter criminal— es más el resultado de esas interacciones con la realidad social cotidiana de los países que el compromiso de los mareros con una estrategia global de dominación establecida por un consejo supremo que opera desde las cárceles angelinas como suele señalarse por parte de los medios de comunicación y algunos oficiales. Lo anterior no significa que los pandilleros de diversos países no tengan comunicación entre ellos o que no compartan ciertas decisiones sobre su comportamiento a través de los países; de hecho, las facilidades de comunicación global posibilitan el contacto entre los diversos grupos pandilleriles entre los países y la información fluye de un lado hacia otro con mucha agilidad, pero aun en esas circunstancias no hay evidencia robusta de que todos los grupos de una misma pandilla actúan en fidelidad a las órdenes que se pueden emitir en un país.

Todos esos aspectos son importantes para comprender la dinámica de las pandillas centroamericanas, sobre todo de cara al modelo ecológico que explica la multifactorialidad que está detrás de la aparición de las pandillas. En los próximos apartados se hace una revisión de los factores que, según los estudios que se han hecho sobre las pandillas en Centroamérica, se encuentran detrás de su aparición y su evolución en los últimos años.

3. Los factores asociados a las pandillas

El propósito de este artículo es presentar los factores que, a la luz de la evidencia existente, pueden considerarse determinantes de la aparición de las maras o pandillas. Estos factores, sin embargo, no agotan toda la variedad de aspectos y condiciones que influyen en la genealogía y evolución del fenómeno de los jóvenes pandilleros, pero sí constituyen algunos de los más importantes para comprender por qué algunos niños y jóvenes deciden incorporarse a las maras en los países de Centroamérica, el sur de México y Estados Unidos.

Es posible agrupar dichos factores en diez grandes categorías de condiciones, desde la más amplia y estructural hasta la más concreta: (a) procesos de exclusión social, (b) cultura de violencia, (c) crecimiento urbano rápido y desordenado, (d) migración, (e) dinámica de la violencia, (f) desor-

ganización comunitaria, (g) presencia de drogas, (h) familias problemáticas, (i) amigos o compañeros miembros de pandillas y (j) las dificultades de construcción de identidad personal. Todas estas categorías reúnen una serie de condiciones específicas que operan directamente sobre la conducta de los jóvenes y facilitan la integración de los jóvenes a las pandillas, su operatividad como grupo y su evo-

lución como fenómeno social. Siguiendo el modelo ecológico, dichas categorías se inscriben a su vez, en los diversos niveles del modelo, lo cual suministra un marco útil para comprender las complejas relaciones entre todos los factores. En el Cuadro 1 se muestra una relación entre los diversos niveles de relación del modelo ecológico, las categorías de causalidad y los factores específicos.

Cuadro 1
Los factores asociados a las maras centroamericanas en el modelo ecológico

Nivel relacional	Categoría de causalidad	Factores
Social	Procesos de exclusión social	Precariedad socioeconómica Comunidades carecen de servicios básicos o son de mala calidad Falta de oportunidades para la formación técnica o profesional Expulsión y deserción escolar Desempleo o subempleo
	Cultura de violencia	Modelos culturales de relaciones personales Patrones de enseñanza-aprendizaje del uso de la violencia Permisividad cultural hacia el uso de armas
	Crecimiento urbano rápido desordenado	Aglomeración urbanística y estrechez de espacios personales Falta de espacios de esparcimiento Servicios sociales comunitarios precarios o inexistentes
	Migración	Jóvenes que adoptan la cultura pandilleril en el exterior Retorno de jóvenes al país sin grupo de referencia Criminales deportados
Comunitario	Desorganización comunitaria	Poca confianza entre los miembros de la comunidad Falta de participación ciudadana en los asuntos comunitarios
	Presencia de drogas	Consumo de drogas Redes de tráfico de drogas
Relacional	Familias problemáticas	Familias disfuncionales Abandono y negligencia por parte de padres y/o encargados Historia familiar de violencia
	Amigos o compañeros miembros de pandillas	Pandilleros en la comunidad Pandilleros en la escuela
	Dinámica de la violencia	Ciclo reproductor de la violencia Violencia en función de identidades
Individual	Dificultades con la conformación de identidad	Búsqueda de identidad a través de la violencia Ausencia de modelos positivos

Fuente: elaboración propia.

A continuación se hace un breve análisis sobre las formas en que intervienen todos esos factores sobre el fenómeno de las pandillas, siguiendo el orden de las categorías de causalidad propuestas

en el Cuadro 1. Todo ello, en función de la evidencia con la que se cuenta a partir de los estudios previos, fundamentalmente llevados a cabo en Centroamérica.

3.1. Procesos de exclusión social

Cuando se habla del fenómeno de pandillas centroamericanas, así como también de la violencia social que aqueja a las sociedades centroamericanas de posguerra, muchos autores señalan la pobreza como uno de los factores fundamentales (Rocha, 2001; Carranza, Castro y Domínguez, 2004; Arana, 2005). Esa atribución puede ser útil hasta cierto punto, pero en un análisis más riguroso el señalamiento de la pobreza como un factor fundamental muchas veces oculta el carácter interactivo y procesual del fenómeno. Más importante que la pobreza en sí misma, en el análisis de las pandillas juveniles en Centroamérica, lo que resalta son los procesos de exclusión social con los cuales muchas veces aquella está asociada, aunque no siempre.

Como dice un documento del CELADE sobre la juventud y el desarrollo en América Latina, “en la actualidad, la juventud urbana de la clase trabajadora sufre de un riesgo de exclusión social sin precedentes. Desde el mercado hasta el Estado y la sociedad, una confluencia de factores tienden a concentrar la pobreza entre los jóvenes y a distanciarlos del ‘curso central’ del sistema social” (CELADE y UNFPA, 2000, p. 5). Así, es más este proceso de distanciamiento y de exclusión el que incide en los mecanismos que hacen que los jóvenes se incorporen a las pandillas que la sola pobreza en sí misma.

Esto se cristaliza, en primer lugar, en la precariedad socioeconómica. Los jóvenes que se integran a las pandillas, por lo general, son jóvenes cuyas familias deben hacer esfuerzos para sobrevivir y en donde las posibilidades de una vida digna están limitados por la educación y el tipo de empleos que tienen los padres o los responsables de los jóvenes que se integran a las pandillas. Por ejemplo, un estudio realizado en Honduras con pandilleros en Tegucigalpa y San Pedro Sula (Save the Children y ACJ, 2002) encontró que los padres del 80 por ciento de los jóvenes de maras entrevistados tenían una educación no mayor de séptimo grado y que casi la mitad de los pandilleros entrevistados dijeron que sus padres —o el responsable de su hogar— se encontraban desempleados; más aún, el 53.7 por ciento de los padres de los pandilleros —en realidad, la mayoría mujeres— se dedicaba a los oficios domésticos.

Esta precariedad social y económica por lo general se traduce en pocas oportunidades de formación escolar y de empleos competitivos para los

miembros jóvenes del grupo familiar. Los jóvenes que se integran a las maras generalmente provienen de hogares en donde las posibilidades de educación y de empleo son muy precarias, aunque la mayoría suele haber tenido la oportunidad de estar en la escuela. Sin embargo, un pequeño desajuste en la economía familiar provoca que la familia ya no sea capaz de financiar el proceso educativo de los niños o bien obliga a que estos asuman responsabilidades laborales precarias que, con tal de sostener a la familia, les alejan de la escuela.

Pero las condiciones de privación socioeconómica que rodea a los jóvenes que se integran a las pandillas se refleja mejor en las condiciones medioambientales de la comunidad en donde viven. La exclusión social y económica que sufren los jóvenes no solo se expresa en las dificultades que tienen sus propias familias para darles una educación de calidad y para crear oportunidades laborales para su futuro, sino también y de forma más evidente se expresa en las condiciones de abandono social en las cuales muchas veces se encuentran las comunidades o barrios en donde viven los jóvenes que se integran a las pandillas (Carranza, 2004). Como lo señaló un estudio sobre pandillas y capital social (Cruz, 2004), las maras florecen en aquellas colonias y vecindades en donde la pobreza se expresa en servicios sociales inexistentes o de mala calidad; en donde, aunque los hogares cuenten con los servicios básicos como energía eléctrica o agua potable, el suministro público de los mismos es inexistente o de mala calidad. Se trata de comunidades en donde muchas veces no hay alumbrado público, en donde las calles están en mal estado y en donde los inmuebles de uso público y comunitario están completamente abandonados, sucios y, muchas veces, derruidos. En el fondo se trata de comunidades marginales y marginadas, esas que anidan en los límites vulnerables de las ciudades y que existen apartadas de los beneficios que produce el desarrollo económico urbano.

Y es que las condiciones de privación económica que viven en su conjunto las familias que habitan este tipo de comunidades generan complejos mecanismos de marginación de los sistemas y redes sociales que afectan primordialmente a los jóvenes, los cuales están en la búsqueda de espacios de inserción en la sociedad. Las condiciones de precariedad socioeconómica marginan a los jóvenes en un momento en los cuales ellos están definiendo su propia identidad a través de su in-

clusión en los grupos sociales. La marginalidad crea las condiciones para que la inclusión se defina a favor de grupos como las maras, las cuales, paradójicamente, desafían el orden social establecido a través de la conducta criminal y la trasgresión de los convencionalismos.

Uno de los mecanismos en donde se encuentra este proceso de marginalización social con más claridad es en el de la expulsión y/o deserción escolar de los jóvenes que se integran a las maras. Los diferentes estudios llevados a cabo para recoger las características de los pandilleros (Cruz y Portillo, 1998; Santacruz y Concha-Eastman, 2001; Save the Children y ACJ, 2002) han señalado que la mayoría de los jóvenes pandilleros han pasado por el sistema escolar y tienen varios años de escolaridad. El estudio de Santacruz y Concha-Eastman (2001) mostró que casi el 75 por ciento de los jóvenes que estaban afiliados a pandillas en el año 2000 en el área metropolitana de San Salvador, había estudiado hasta noveno grado y que solamente el 3 por ciento nunca había pasado por la escuela; la misma tendencia se encontró en el estudio hondureño de Save the Children y ACJ (2002): el 86.7 por ciento de los mareros entrevistados, en 2001, había estudiado hasta tercer ciclo, pero en este caso, el porcentaje de pandilleros que nunca habían pasado por la escuela era de un poco más del 8 por ciento.

En tal sentido, la hipótesis de que los jóvenes pandilleros son personas que no han tenido ningún tipo de educación es falsa. Sin embargo, a pesar de su paso por la escuela, la otra característica de los pandilleros centroamericanos relativa a su educación es que la mayoría no estudia. El estudio de pandilleros en Tegucigalpa y San Pedro Sula encontró que, en 2001, el 83 por ciento de los jóvenes enrolados en pandillas no se encontraba estudiando; el estudio salvadoreño de 1996 halló que el 76 por ciento de los pandilleros no estudiaban; para 2001, ese porcentaje era del 92.3 por ciento. Así, la mayoría de los mareros han estado en la escuela y algunos de ellos inclusive han logrado

completar su educación media, pero su proceso de afiliación a las pandillas desata procesos que terminan con la expulsión o la deserción del sistema escolar. Las declaraciones de algunos pandilleros entrevistados en el marco del Proyecto COAV (ver Carranza, 2005) en El Salvador son muy ilustrativas:

... es que, pues sí, me metí a andar en la pandilla, ya no fui [a la escuela], como después me manché [tatué] todo, ya no me aceptaron” (Entrevista No. 8, COAV).

Esto incrementa el sentido de exclusión social, pues para muchos pandilleros, la expulsión de la escuela —a pesar de que su estancia era problemática— genera sentimientos de frustración porque la misma significa la clausura de las oportunidades de formación y desarrollo.

Después que me brinqué (integré), porque después que vieron los tintazos (tatuajes) ya no me quisieron recibir (en la escuela). Está bueno, dije, y los agarré a papagazos (tirar granadas). (Entrevista No. 2, COAV.)

Pero sí quisiera estudiar, pero como no podemos.

Como la gente dice que no: están tatuados (entrevista No. 6, COAV).

Es más, para muchos pandilleros la expulsión escolar es vivida como el paso definitivo a las pandillas y, por tanto, su reincorporación a la escuela es vista como una reapertura a las oportunidades que la pertenencia a las pandillas niega.

Hay veces que sueño que así todo tinteado [tatuado] voy a estudiar. ¡Sí, no es paja [mentira]! Me veo con el uniforme en los sueños, voy a estudiar bien firme, pero, ¡puta!, a veces cuando despierto... sólo fue un sueño (entrevista No. 8, COAV).

La exclusión social se experimenta también a través de la falta de oportunidades laborales o la existencia de empleos mal remunerados. A pesar de que la mayoría de jóvenes que se integran a las pandillas no estudian, buena parte de ellos no invierten

Así, los procesos de exclusión social se concretan de diversas formas [...] Están en las mismas condiciones socioeconómicas de los barrios y vecindarios en donde viven los jóvenes que se integran a las pandillas, se viven en las precariedades económicas dentro del hogar, se enfrentan en la falta de oportunidades para la formación y la capacitación [...]

su tiempo en empleos o en actividades productivas. La encuesta de Save the Children UK y ACJ, en Honduras, encontró que la mayoría de jóvenes, alrededor del 90.4 por ciento, han tenido empleo, pero al momento de la encuesta solo un poco menos de la mitad (45.5 por ciento) todavía lo tenía. La mayor parte de esos empleos eran eventuales y/o temporales: ayudantes de albañil, vendedores u obreros de maquila. En El Salvador, la encuesta de 2001 encontró que solo el 17.6 por ciento de los pandilleros tenían un trabajo y de esos solamente el 10 por ciento tenía un empleo estable, aparte de que solo en el 10 por ciento de los casos se trataba de un empleo de tiempo completo. Esa falta de oportunidades es vida también como exclusión respecto a las oportunidades, la cual se incrementa con la asociación de los jóvenes a las pandillas:

Porque si ellos [el gobierno] nos quisieran ayudar, no fuera así el gobierno, diera trabajo. Entonces por eso es que hay varia gente que está ingresando a las pandillas, porque no hay trabajo, no hay nada, verdad... entonces ese es el problema (COAV, entrevista No. 3).

Nosotros no trabajamos porque a uno lo tienen de menos. Está trabajando uno, [pero] como lo ven tintado [tatuado] lo echan a uno a la mierda (COAV, entrevista No. 2).

Así, los procesos de exclusión social se concretan de diversas formas en la cotidianeidad del joven. Están en las mismas condiciones socioeconómicas de los barrios y vecindarios en donde viven los jóvenes que se integran a las pandillas, se viven en las precariedades económicas dentro del hogar, se enfrentan en la falta de oportunidades para la formación y la capacitación, y se sufren en los procesos de expulsión de la escuela y del trabajo cuando el joven comienza a optar por las pandillas.

3.2. Cultura de violencia

En cierto modo, las pandillas centroamericanas son el producto de sociedades que cultivan y han

cultivado la violencia por décadas. Las pandillas constituyen una expresión exacerbada y, muchas veces, fuera de control de esa violencia que ha prevalecido en las relaciones sociales e interpersonales en los países centroamericanos. La cultura de violencia refiere a un sistema de normas, valores y actitudes que posibilitan, estimulan y legitiman el uso de la violencia en las relaciones interpersonales (Huezo, 2001; Martín-Baró, 1992). Este sistema normativo se manifiesta y reproduce en todos los ámbitos de interacción de las personas: no solo en las relaciones entre los adultos, sino también entre estos y los niños y las y los jóvenes en el hogar y en la escuela, los cuales constituyen los espacios fundamentales de socialización.

En términos nacionales, dicha violencia ha tenido diferentes rostros, ha sido social, política, criminal, pero ha permanecido en las sociedades centroamericanas por muchos años: un informe de la Organización Panamericana de la Salud sobre la situación de la salud en las Américas durante de la década de los años setenta muestra que, para mediados de ese década,

El Salvador, Nicaragua y Guatemala tenían tasas de homicidios por encima de 20 muertes por cada 100 000 habitantes, más del doble de la tasa promedio latinoamericana de esas fechas (OPS, 1980). Esto significa que algunos de los países centroamericanos que ahora están afectados por las maras tienen un largo historial de violencia al interior de sus sociedades. En el pasado, los protagonistas fundamentales de esa violencia eran otros actores, muchas veces pertenecientes al Estado mismo. En la actualidad, las maras se han vuelto en uno de esos protagonistas.

Una de las más claras expresiones de esa normatividad a favor de la violencia lo constituye la cantidad de homicidios que son cometidos en circunstancias que tienen que ver con problemas de convivencia o con procesos de ajustes de cuentas en los países del norte de Centroamérica. De hecho, según la Policía Nacional Civil de El Salva-

[...] la normatividad cultural que favorece un entorno violento no solo se refuerza de los procesos de socialización en la escuela y en el hogar. Se reproduce también en los entornos de la vida pública, en las políticas estatales que, como los planes de cero tolerancia o de mano dura, recalcan la noción de que la mejor manera de enfrentar los problemas es mediante el uso de la fuerza.

dor, más del 65 por ciento de los asesinatos que se cometen en ese país son producto de lo que la institución llama “violencia social” (Policía Nacional Civil, 2003), esto es, violencia cuya motivación fundamental es obtener un beneficio o poder social (Moser y Winton, 2002) y que se expresa en violencia interpersonal, riñas callejeras, violencia doméstica, etc. En Honduras, un estudio patrocinado por el BID (Rubio, 2002) encontró que solamente el 33 por ciento de los homicidios cometidos en la ciudad de San Pedro Sula fueron originados en circunstancias de violencia económica; en el 33 por ciento de los casos, los homicidios se cometieron en circunstancias que el autor llama intolerancia (o problemas de convivencia) y en el 23 por ciento de los casos, las muertes ocurrieron como producto de ejercicios de justicia privada. Esto significa que en un poco más de la mitad de los casos de homicidio ocurridos en San Pedro Sula, en 2001, se trató de violencia social. En Guatemala, de acuerdo con el Centro de Investigaciones Económicas Nacionales (CIEN, 2002), los departamentos del país en donde se concentra más la violencia homicida son aquellos en donde prevalece una “actitud cultural violenta”; esos departamentos forman parte de la zona oriental del país⁴.

La normatividad imperante, la cual se expresa en las relaciones sociales cotidianas, es la que ha permitido que amplias generaciones de jóvenes crezcan y se socialicen en un entorno que favorece el uso de la agresión para resolver conflictos y para relacionarse con los demás. Ese entorno es el que ha facilitado el uso extremo de la violencia que implica la afiliación pandilleril. Los mareros son, en parte, el resultado de ese entorno en el que se legitima la agresión desde el hogar, pasando por la escuela, hasta los referentes simbólicos de las sociedades actuales: los medios de comunicación. La mayoría de los jóvenes que se integran a pandillas crecieron en ambientes domésticos y escolares en donde el maltrato y el castigo físico eran la norma para criarlos y educarlos. La violencia, por tanto, se vuelve normal y su ejercicio se convierte en el medio de relación privilegiado no solo en contra de los rivales y enemigos, sino también en contra de los mismos pares. Las declaraciones de un pandillero, refiriéndose a la manera en que protegen a los compañeros más jóvenes, dejan traslucir la legitimidad que tiene el uso de la violencia para moldear a los nuevos integrantes:



Los cuidamos un vergo [mucho]...sí men, los cuidamos. ¡Hay veces que les damos verga [los golpeamos] porque no entienden! Ja, ja, ja... para que aviven (COAV, entrevista No. 8).

Pero la normatividad cultural que favorece un entorno violento no solo se refuerza de los procesos de socialización en la escuela y en el hogar. Se reproduce también en los entornos de la vida pública, en las políticas estatales que, como los planes de cero tolerancia o de mano dura, recalcan la noción de que la mejor manera de enfrentar los problemas es mediante el uso de la fuerza.

En algunos casos, los conflictos bélicos internos de algunos países centroamericanos no hicieron sino exacerbar esa normatividad a favor de la violencia. Durante muchos años, generaciones de guatemaltecos y salvadoreños —y en cierto modo de hondureños también— crecieron a la sombra de discursos militaristas, de planes que preparaban a

4. Esa zona es la que colinda con los países de El Salvador y Honduras.

la población para que usara la violencia en contra del enemigo y rival de la forma más efectiva y de un ambiente en el que se fomentaba la desconfianza entre los ciudadanos. En este contexto, muchas personas fueron entrenadas para combatir y, por lo tanto, para ser profesionales en la utilización de armas y técnicas de guerra. Los pandilleros de la actualidad no fueron esos combatientes y la gran mayoría de ellos nunca peleó y ni siquiera tiene recuerdos directos de la guerra, pero sí son los receptores directos de un legado apologetico hacia la violencia, el cual no ha sido enfrentado desde la institucionalidad emergente de las transiciones.

Antes bien, las precondiciones culturales hacia la violencia, dilatadas por las guerras, dejaron sociedades que rinden culto a los conflictos y a sus instrumentos: las armas. La afición de muchos ciudadanos centroamericanos por las armas, en el marco de sociedades regidas por la ética del conflicto interpersonal, encuentra su máxima expresión en la facilidad con la que muchos jóvenes y niños obtienen armas sofisticadas y de guerra. Una encuesta sobre seguridad pública cursada en El Salvador, en 2004, encontró que más del 38 por ciento de los salvadoreños dijeron que si pudieran, les gustaría tener un arma para su propia protección; este porcentaje es mayor entre el grupo de población más joven encuestada: 42.6 por ciento (Cruz y Santacruz, 2005). Un resultado muy similar obtuvo una encuesta sobre seguridad ciudadana en Guatemala en el mismo año: el 35.3 por ciento de las personas dijeron que si tuvieran la oportunidad, adquirirían un arma de fuego, y entre los jóvenes, el porcentaje sube a más del 40 por ciento (POLSEC-PNUD, 2005). La inclinación de más de una tercera parte de la población hacia el uso de armas es parte de ese entorno cultural que favorece que muchos niños y jóvenes vean en el uso de la violencia un comportamiento útil y ensalzado. Muchas veces, el ejercicio de la violencia que caracteriza el proceso de integración y permanencia de los muchachos en las pandillas solo es un reflejo aumentado de los valores que ellos recogieron en su proceso de socialización.

3.3. Crecimiento urbano rápido y desordenado

Una de las primeras investigaciones sobre el fenómeno de las pandillas, realizada en El Salvador, mostró que las pandillas crecen y se reproducen en aquellos entornos urbanos caracterizados por la aglomeración residencial; por la falta de espacios de esparcimiento para la población, especial-

mente la más joven; y por la carencia o mala calidad de los servicios básicos en las comunidades (Smutt y Miranda, 1998). Todos estos factores se dan como resultado de los procesos de crecimiento acelerado y poco planificado de las ciudades grandes en Centroamérica. En realidad, esta es una relación que no solo tiene que ver con Centroamérica, sino más bien con América Latina. Un estudio (Gaviria y Pagés, 1999) sobre los patrones de victimización en Latinoamérica encontró que las ciudades cuya población ha crecido de manera más acelerada en los últimos años experimentan un mayor grado de violencia como producto de la desorganización y la poca planificación urbanística de las ciudades.

La falta de organización urbanística y el continuo flujo de población que hace crecer las ciudades de manera acelerada provocan problemas urbanos que contribuyen al caldo de cultivo de las pandillas y los grupos de jóvenes que deambulan por las calles y los barrios. Uno de esos problemas es el hacinamiento residencial. El estudio sobre capital social y pandillas, llevado a cabo en la ciudad de El Progreso, en Honduras, por el Equipo de Reflexión, Investigación y Comunicación (ERIC), halló que en los barrios que están atestados de pandillas el hacinamiento de las personas dentro de los hogares es mucho mayor que en los barrios que no tienen problemas de pandillas. Por ejemplo, el promedio de personas que viven en los hogares de barrios con problemas de maras es de 6, mientras que en los barrios que no tienen problemas de pandillerismo el promedio de personas por hogar es de 5 (Carranza, Castro y Domínguez, 2004). Este mismo fenómeno fue encontrado por Smutt y Miranda (1998) en su estudio sobre las pandillas en un barrio del área metropolitana de San Salvador. Las maras crecen y se desarrollan en barrios en donde la aglomeración residencial expulsa a los niños y los jóvenes a la calle, la cual se convierte en el espacio primario de socialización en lugar del hogar mismo.

El impacto del crecimiento descontrolado de las ciudades se concentra también en la calidad de los barrios y vecindarios que conforman los centros urbanísticos ampliados. En concreto, se trata de barrios en los cuales se echan de menos los espacios públicos de esparcimiento y los espacios públicos en buen estado. Los lugares en donde se concentran las pandillas son, usualmente, aquellos sitios en los cuales los jóvenes no cuentan con espacios

de esparcimiento y de diversión sana; son lugares que —como ya se mencionó algunos párrafos atrás— permanecen olvidados de atención de las autoridades o, inclusive, de los mismos vecinos, lo cual los convierte en sitios deteriorados, los cuales son ocupados por los jóvenes que permanecen en las calles. La falta de espacios de calidad que puedan ser utilizados por los jóvenes para su propia diversión y tiempo libre, crea las condiciones para que la calle y los sitios más “perversos” de esta se conviertan en las zonas en donde se configura el comportamiento grupal juvenil.

De nuevo, la investigación regional sobre maras y capital social, desarrollada en varias ciudades centroamericanas, encontró que los barrios en donde aparecen y se desarrollan las pandillas son aquellos que suelen contar más con espacios así llamados “perversos”, esto es, bares o cantinas, lugares de juego y prostíbulos. La presencia de espacios públicos positivos, como canchas de juego, casas comunales y parques, resultó ser más importante en ciertas ciudades, como San Salvador y El Progreso, que en otras (Cruz, 2004). Sin embargo, una encuesta nacional sobre seguridad pública llevada a cabo en El Salvador, a nivel nacional, encontró que la existencia de espacios públicos descuidados y deteriorados estaba asociada a la presencia de maras y de victimización a causa de estas (Cruz y Santacruz, 2005). Al final de cuentas, y como dicen Smutt y Miranda (1998), la carencia de espacios adecuados para atender las demandas de tiempo libre de los niños y jóvenes empuja a muchos de ellos a permanecer en las calles, en las esquinas, en los sitios abandonados y deteriorados y en los lugares cercanos adonde aparece la violencia (bares, por ejemplo), lo cual crea las condiciones para que los muchachos entren en contacto con los pandilleros.

Pero el impacto del descontrol urbanístico y el deterioro de la ciudades no se limita solo al hacinamiento y a la ausencia de los espacios adecuados para el desarrollo de los niños, tiene que ver también con la dificultades que tienen las urbes para poder proveer y garantizar servicios adecuados a la población. El estudio de Smutt y Miranda registró que las familias con jóvenes pandilleros están más expuestas que las de los no pandilleros a “carecer en sus viviendas de servicios públicos que contribuyan a generar las condiciones para mejorar la calidad de vida” de las personas (1998, p. 70). El mismo estudio presenta el testimonio de un marero que resume muy bien ese proceso:

En la casa de mi mamá no me gusta, a mí me gusta estar aquí [en la casa donde se reúne la mara], pero si uno no tiene dónde tiene que aguantar. Allí [en la casa de la mamá] no me gusta porque no tengo amigos, no tengo ambiente, y ahorita no hay luz allí, pero sí va a haber. El alcalde ha prometido ponerles la luz como regalo de navidad. Intento casi no llegar, llevo de vez en cuando a cambiarme, a veces a dormir... (Williams; Smutt y Miranda, *op. cit.*)

En El Progreso, Honduras, las familias que viven en los barrios en donde hay pandillas suelen acudir menos a los servicios de salud privados —que son los que usualmente brindan mejor servicios— y tienden más a automedicarse y a visitar curanderos que las familias que viven en los lugares en donde no hay pandillas (Carranza, Castro y Domínguez, 2004). El mismo estudio, en su perspectiva más regional, encontró que las comunidades en donde aparecen más las maras son aquellas en donde las calles de la vecindad suelen estar en mal estado más frecuentemente que las calles de los barrios en donde no hay pandillas (Cruz, 2004).

La falta y el deterioro de los servicios públicos a los que tienen acceso las comunidades empobrecidas refuerzan la percepción de abandono de la población que vive en las mismas, incrementando con ello las condiciones para que muchos de los jóvenes se decidan a entrar y vivir junto a las pandillas. Esa problemática respecto a los servicios públicos es también, en parte, producto de los procesos de urbanización acelerada y poco planificada, la cual hace que muchos de los barrios se edifiquen en lugares inhóspitos, vulnerables y sin condiciones para la provisión adecuada de los servicios fundamentales: muchos de esos barrios no disponen de alumbrado adecuado; no tienen sistemas de alcantarillas; no hay centros de salud o están descuidados; las escuelas están instaladas en inmuebles sin la infraestructura adecuada; las calles y las aceras de la colonia se encuentran deterioradas. Todo esto se da muchas veces en contraste con otras zonas colindantes de la ciudad, las cuales gozan de condiciones óptimas y de servicios sociales que funcionan bien (Samayoa, 2002).

3.4. Migración

La migración constituye probablemente uno de los factores más mencionados como causa explicativa del fenómeno de las maras en Centroamérica (Arana, 2005; Ribando, 2005; Zilberg, 2004) y, de he-

cho, ha jugado un papel fundamental en la expansión y desarrollo de la problemática de las maras centroamericanas. Sin embargo, es preciso señalar que este no es necesariamente el factor más explicativo del complejo fenómeno de las pandillas en la región, dado que no se trata de que las pandillas crecieron en Centroamérica simplemente por el aumento numérico de jóvenes deportados y retornados.

Las pandillas centroamericanas no surgen porque sean una importación simple de jóvenes del Este de Los Ángeles, como muchas veces sugieren los reportajes de prensa. Las maras son más bien el producto de la importación del modelo cultural de ser pandilla: con él se han difundido maneras de vestir, de comunicarse y de comportarse, las cuales han sido adoptadas por los jóvenes centroamericanos en busca de identidad. En otras palabras, la migración contribuyó significativamente a la reconfiguración del fenómeno de las maras al permitir fundamentalmente el flujo de identidades, valores y símbolos asociados a la pertenencia a las pandillas. De allí que el origen de las pandillas como redes transnacionales no es solo el producto de la importación directa de pandilleros, sino el producto de la conexión de dos fenómenos que se originaron separadamente y que a principios de los años noventa entraron en contacto como producto de la migración y la deportación de centroamericanos.

¿Cómo ocurrió ese proceso? A principios de la década de los años ochenta, Centroamérica era una región plagada de guerras civiles y conflictos militares. La inestabilidad política provocó que muchos centroamericanos, especialmente salvadoreños, emigraran primero como refugiados políticos hacia Estados Unidos y luego como refugiados económicos (ver Montes, 1987). Dichos ciudadanos viajaron o formaron sus propias familias en el país del norte con sus compatriotas; esto dio lugar a que cientos de jóvenes salvadoreños inmigrantes crecieran en las calles de las ciudades estadounidenses, especialmente Los Ángeles. Allí se toparon con otros jóvenes de origen latinoamericano, en su mayoría mexicanos, que ya controlaban las calles.

Viviendo bajo condiciones de marginación cultural y económica, muchos jóvenes migrantes encontraron en las pandillas la alternativa de un grupo de referencia que proveía identidad, respeto y apoyo (Vigil, 2001). En un primer momento, esa integración a las pandillas se da sobre los grupos ya previamente formados por jóvenes de origen mexicano o chicano. Dentro de esos grupos, la pandilla

18th Street es una de las más numerosas, pero luego y como producto del crecimiento de la población centroamericana, los jóvenes comienzan a formar pandillas con identidades propias. En ese contexto nace la llamada *Mara Salvatrucha*, conformada fundamentalmente por jóvenes migrantes salvadoreños, a los cuales posteriormente se van uniendo jóvenes provenientes de otros países de Centroamérica.

Mientras tanto, en Centroamérica, condiciones parecidas generaron la aparición de pandillas o maras (Cruz, 2005), que inmediatamente se caracterizaron por el ejercicio un poco más intenso de la violencia que las pandillas comunes, dado su anclaje a sociedades que ya eran de suyo culturalmente violentas (Levenson, 1989). Ese fenómeno, sin embargo, se caracterizaba por la presencia de un gran número de distintas pandillas que controlaban barrios y calles específicas y delimitadas dentro de la ciudad.

Hacia principios de los años noventa se dio inicio a los procesos de retorno de los migrantes y a las políticas de deportación masiva del gobierno estadounidense. Dichos procesos generaron flujos de jóvenes que traían consigo su experiencia pandilleril y, sobre todo, una especie de “estética” de ser pandillero como la llama Papachristos (2005). La mayoría de los jóvenes que regresaban a El Salvador y otros países de Centroamérica, en calidad de deportados o de retornados voluntarios, se caracterizaban por ser muchachos que habían crecido en una cultura completamente distinta, que apenas hablaban inglés y que, en varios casos, contaban con débiles vínculos familiares en el país de retorno o, en el peor de los casos, no tenían grupo de referencia alguno porque su familia y sus amigos quedaron en Estados Unidos. Esto generó que muchos de los primeros contactos y los más importantes con las sociedades centroamericanas, se dieran a través de las pandillas existentes. Estos contactos facilitaron, en primer lugar, la transmisión de los simbolismos del ser pandillero: su forma de vestir, el uso de tatuajes, las formas de comunicación; pero en segundo lugar y de manera más importante, transmitieron e importaron identidades pandilleriles, esto es, transmitieron pertenencias a pandillas.

La primeras expresiones de ese proceso se pueden encontrar en la expresión usada en Guatemala para denominar a las maras que adquirirían los nombres de las pandillas de Los Ángeles: “las maras-clones”, denominadas así “por ser copias de grupos similares extranjeros, producto del impacto de

culturas foráneas, principalmente la estadounidense” (Merino, 2001, p. 176). Para principios de los años noventa, en El Salvador ya se podía encontrar a la *Mara Salvatrucha* y la *Pandilla de la Calle 18*, entre los nombres de la diversidad de pandillas existentes en San Salvador. Sin embargo, esta situación duró muy poco. Influenciados por el creciente flujo de retornados y el aura de admiración que envolvía a los jóvenes que retornaban de las ciudades estadounidenses, la mayoría de las pandillas que existían en El Salvador comenzaron a adoptar los modos y la estética de los pandilleros retornados —deportados o no—. En el lapso de un quinquenio, las identidades pandilleriles provenientes de Estados Unidos se impusieron sobre el resto de pandillas, no bajo un proceso de violencia o disputas de territorio, sino más bien bajo procesos paulatinos de adopción de las identidades.

Los pandilleros, ya activos y conformados en sus propios grupos, comenzaron primero a imitar los estilos de los retornados y terminaron luego cambiando el nombre de sus propios grupos a alguno de las pandillas más representativas del modelo norteamericano: *Mara Salvatrucha* (MS) o *Pandilla de la Calle 18* (La 18). En ese proceso, se formó una constelación de pequeños grupos pandilleriles que compartían un mismo nombre y que poco a poco fueron adoptando un sistema de conductas, normas y valores que les hacía parte de la misma organización. En tal sentido, las antiguas pandillas territoriales se convirtieron en *clikas*, las cuales formaban una federación de pandillas que se reconocían bajo un mismo “barrio”: ser *18* o ser *MS*.

Los jóvenes retornados y responsables de importar el modelo cultural pandilleril de Estados Unidos jugaron un papel importante no solo en el proceso de transposición de identidades juveniles, sino también en el proceso de configurar esas federaciones en redes locales. Eran ellos los que establecían los contactos entre los diversos grupos que se sumaban a la pandilla, los que permitían los flujos de información, identidad, normas y valores desde el exterior, pero también entre las mismas *clikas* locales.

Para 1996 y según una encuesta cursada con los pandilleros activos en el área metropolitana de San Salvador (AMSS), el 85 por ciento de los jóvenes enrolados en pandillas pertenecían a la *Mara Salvatrucha* o a la *Pandilla 18*; solamente el 15 por ciento de los pandilleros permanecían a otras (Cruz y Portillo, 1998). Sin embargo, en términos

cuantitativos, el peso de los pandilleros repatriados de Estados Unidos era más bien bajo. La misma encuesta reveló que el 17 por ciento de los pandilleros activos en el AMSS habían estado en Estados Unidos y que solo el 11 por ciento se había integrado a las pandillas en ese país. La gran mayoría de los integrantes de las maras se habían integrado en diversas ciudades salvadoreñas.

Este proceso de repitió con más o menos similitud en los países de Guatemala y Honduras, los cuales se vieron impactados también por sus propios procesos de migración en relación con Estados Unidos, pero también por la migración al interior del triángulo norte de la región centroamericana. Al igual que en El Salvador, para finales de la década de los noventa, tanto Guatemala como Honduras habían transitado hacia el modelo de las dos grandes federaciones pandilleriles. Al final de cuentas, dos fenómenos que nacieron con relativa independencia y con sus propias dinámicas de causalidad, terminaron conectándose y formando parte de un solo fenómeno en buena medida a partir de la influencia de la migración poblacional.

3.5. Desorganización comunitaria o escaso capital social positivo

Las pandillas surgen en aquellos ambientes marcados por la desorganización comunitaria, esto es, en contextos comunitarios en donde la falta de confianza entre las personas, los vecinos, los integrantes de la comunidad impide el desarrollo de procesos de participación social que potencian la resolución de los problemas colectivos y el logro de metas comunes.

Un estudio sobre capital social y pandillas realizado por diversos centros de investigación en Centroamérica encontró que las maras centroamericanas han florecido en barrios “desarticulados, desorganizados, abandonados y empobrecidos... (En) lugares en donde la confianza en el vecino ha sido destruida por la incapacidad de resolver la infinidad de conflictos que genera la lucha y la competencia por la supervivencia personal” (Cruz, 2004, p. 322). Dicho estudio encontró más concretamente que los barrios centroamericanos en donde existen maras o pandillas son precisamente aquellos en donde sus pobladores muestran los más bajos niveles de confianza interpersonal entre los miembros de la comunidad; son aquellos en donde la participación en organizaciones es alta pero se encuentra particularmente orientada a tareas de se-

guridad y no tanto a tareas de desarrollo comunitario; son lugares en donde son comunes los espacios de congregación alrededor de cantinas, bares, prostíbulos o casas de juego y son lugares en los que al mismo tiempo escasean los espacios públicos de encuentro con fines positivos, como las casas comunales, los parques y las canchas en buen estado. En otras palabras, los lugares en donde aparecen y crecen las pandillas son aquellos en donde hay más oportunidades de que la gente —y particularmente los jóvenes— se reúna para delinquir y no necesariamente para contribuir a resolver los problemas de la comunidad.

Por su parte, la desorganización comunitaria no aparece de la nada. No es que de la noche a la mañana la falta de confianza de los miembros de la comunidad crea la semilla para la pandillerización de los jóvenes. La desorganización comunitaria es el resultado de un proceso sistemático de abandono social y económico de amplios sectores de población; es el resultado de la pauperización de las condiciones sociales, del desorden en la planificación urbana y del abandono del Estado. Pero no todas las comunidades abandonadas y privadas socioeconómicamente se vuelven en semilleros de mareros. Los pandilleros aparecen y crecen en las comunidades en donde esos problemas de desorganización social son agudizados por la falta de mecanismos sociales de participación ciudadana y de integración interna: de allí la importancia de la confianza mutua y de los procesos de organización ciudadana. Son estos los que al final pueden hacer una diferencia frente a las dinámicas de exclusión social y abandono al que han sido sometidas amplios sectores de las ciudades centroamericanas en tiempos de liberalización económica.

Eso es, además, lo que explica que no todas las ciudades centroamericanas —aún al interior de los mismos países que enfrentan el problema de las pandillas— tengan la misma magnitud del problema. En Guatemala, el problema de las pandillas parece más grave en aquellas comunidades no indígenas, en donde el sentido de identidad, pertenencia y participación es menor, y en donde las comunidades están, en consecuencia, más desarticuladas y desorganizadas.

Eso es lo que explica también que, por ejemplo, Nicaragua, con su prolongada historia de pobreza, desigualdad económica y marginación social no haya desarrollado unas pandillas juveniles tan violentas ni tan extendidas en sus ciudades. Precisamente, uno de los aspectos que diferencia a

Nicaragua con respecto al resto de países del norte de la región centroamericana es su particular historia social y política reciente. El paso del sandinismo en la década de los ochenta dejó profundas huellas en los modos de organización ciudadana y en la relación de ellos con las autoridades, particularmente con las de seguridad pública. A diferencia del resto de países de la región, en Nicaragua, durante muchos años, se fomentó la organización vecinal de las comunidades para tareas de seguridad y desarrollo, y esas prácticas parecen haber sobrevivido al sandinismo y haberse sedimentado entre amplios grupos de población. Así, la participación ciudadana habría servido como contención a los procesos de marginación y exclusión social de los cuales se alimentan las maras en los países vecinos.

Pero lo cierto es que la violencia misma juega un papel fundamental en los procesos de desorganización y desarticulación social de las comunidades, lo cual no hace sino profundizar la espiral que acelera el crecimiento de las pandillas y de su violencia juvenil. Un estudio sobre capital social realizado en comunidades guatemaltecas afectadas por la violencia y las maras encontró que la violencia de las maras contribuía también a la desorganización comunitaria, a la desconfianza interpersonal y al miedo de los habitantes, truncaba el desarrollo de organizaciones sociales productivas y multiplicaba la existencia de las organizaciones “perversas” que fomentaban la violencia y la inseguridad (Moser y McIlwaine, 2004).

3.6. Presencia de drogas

A nivel comunitario, no solo la desorganización social juega un papel explicativo de la integración de los jóvenes a las pandillas y de la proliferación de estas, también es importante la existencia de economías criminales, especialmente la presencia de drogas al interior de una comunidad. Según Moser y Winton (2002), la ubicación de Centroamérica entre el norte consumidor de drogas y el sur productor de las mismas convierte a la región en una de las zonas más expuestas al tráfico de drogas. El problema del tráfico, comercialización y consumo de drogas ha crecido en la región en los últimos años, lo cual ha inundado las calles de la oferta de drogas y ha provocado que las mismas hayan disminuido su valor haciendo las sustancias más accesibles a la población, especialmente la más joven. Un estudio de la Fundación Antidrogas de El Salvador (FUNDASALVA, 2004) encontró que

el grupo más vulnerable al consumo de sustancias psicoactivas es el de los menores de edad y jóvenes.

Las drogas juegan un papel importante en la dinámica de afiliación de los jóvenes a las pandillas, sobre todo en aquellos lugares marcados por el abandono y la marginación. El consumo de drogas facilita la vinculación de los jóvenes a las pandillas no solo porque su consumo constituye una forma de recreación y placer para algunos jóvenes que están en la búsqueda de experiencias nuevas, sino que, además, porque la relación con las drogas genera un encadenamiento con las diversas dinámicas de violencia que prevalecen al interior de la pandilla. El siguiente testimonio de un pandillero salvadoreño de 17 años del *Barrio 18* ejemplifica muy bien ese proceso:

Primero yo llegaba. O sea, había una esquina en donde se mantenían los pandilleros del barrio que yo soy. Ahí tenían droga: ‘yo quiero fumar’, ‘estás bien chiquito’, ‘dejá de andar haciendo esto’. Un loco que está preso me decía: ‘no hombre, vos no deberías estar aquí, por vos me van a llevar preso’. Yo tenía como doce, once años quizás. Me daban mi purito o si no, yo lo compraba y no les decía nada a ellos y me iba. Y de ahí (me dijeron): Vimos que vos mucho andás loquiando, ¿querés ser del barrio?’ Porque vieron que yo empecé a vestirme todo flojo. ‘¿Qué ondas, qué alucín?’, pues no hombre, la vida del pandillero es bien firme’, me decían. Entonces, así poco a poco me fui quedando y ya no llegaba solo a fumar, sino que me estaba una mañana, viendo lo que ellos hacían. Voy a salir a conseguir’ decían algunos y se iban y al rato venían con dinero (COAV, entrevista No. 4).

Del Olmo (1997) cita tres formas en las que esa relación con la violencia se cristaliza, lo cual es perfectamente aplicable a las pandillas. En primer lugar, el consumo e intoxicación con drogas (con algunas) genera estados de conciencia en donde es más fácil que los jóvenes pierdan el control y se vuelvan violentos. De acuerdo con el estudio sobre maras realizado por ACJ y Save the Children UK en Honduras, casi el 85 por ciento de los pandilleros que operan en San Pedro Sula y Tegucigalpa han consumido drogas. El estudio de Santacruz y Concha-Eastman en 2001 registró un aumento en el consumo de drogas más pesadas, como el crack o la “piedra” y la cocaína con respecto a otro estudio similar en 1996 (Cruz y Portillo, 1998) y que eso estaba relacionado con su nivel de violencia criminal. Más aún, el estudio de 2001 encontró que uno de los predictores de los jóvenes para ser víctimas de la violencia en manos de otros pandilleros era el consumo de drogas. Esto muestra que el consumo de cierto tipo de drogas no solo convierte a los jóvenes en victimarios, sino también en víctimas y los introduce a un círculo de violencia. Ese círculo de violencia se amplifica en el segundo tipo de relación entre las drogas y la violencia. Las drogas no solo generan más violencia como producto de la intoxicación de ciertas sustancias, sino también porque la dependencia física y psicológica que las adicciones que algunas de las drogas generan, obliga a los jóvenes y pandilleros a reclamar más recursos para mantener las adicciones. Esos recursos son obtenidos de las actividades delincuenciales y de la integración a las actividades criminales.

De las actividades criminales se pasa fácilmente al tercer nivel o tipo de vinculación entre drogas y violencia. En el caso de los pandilleros, la droga genera economías criminales en donde la única forma de poner orden y controlar las transacciones, el mercado y la comercialización de las sustancias es mediante el uso de la violencia. En este caso se trata ya de la participación de los pandilleros en

De las actividades criminales se pasa fácilmente al tercer nivel o tipo de vinculación entre drogas y violencia. En el caso de los pandilleros, la droga genera economías criminales en donde la única forma de poner orden y controlar las transacciones, el mercado y la comercialización de las sustancias es mediante el uso de la violencia. En este caso se trata ya de la participación de los pandilleros en



las redes de narcotráfico y crimen organizado, la cual puede ir desde la colaboración en la distribución de drogas al menudeo en las calles, hasta el control de territorios de trasiego y comercialización. La manera en cómo se mantiene el pandillero en ese “negocio” usualmente depende de su habilidad para cumplir con las normas informales y de su capacidad de lidiar con la violencia. El testimonio del joven pandillero de la 18 es muy útil para ejemplificar este punto:

De la droga... bueno, nosotros en la colonia un tiempo que de eso vivíamos, pero de venderla, vendíamos *crack*. Teníamos mucho dinero, pero de repente se nos cayó la casa: llegó un cateo de la policía, se llevaron a varios, nos dejaron sin armas, sin dinero, con poca droga, y los que se quedaron se pusieron a fumarse lo que había quedado. Y los que cayeron presos enojados porque no les mandaban nada porque ellos habían cosechado pues y ellos esperaban el fruto. Se hizo un solo problemal. Pero de ahí se arregló todo: vino un loco de Estados Unidos... Él vino y (dijo) ‘yo voy a levantar esta colonia’. Él empezó a vender, de ahí se fumaba la carga, de ahí comenzó y así, poco a poco, se recuperó, se pagó, compró varios carros y nos dio uno ilegal a nosotros para que anduviéramos en él. Todo eso se perdió, los robos, cualquier cosa, porque lo mataron. Le pegaron unos tiros en la espalda. No eran de pandilla, eran de una banda. Les debía. Él les había hecho también un desmadre...” (COAV, entrevista No. 4).

Al final de cuentas, la presencia de drogas y la relación de los jóvenes con esta se convierte en un factor que no puede ser soslayado en la dinámica de las pandillas. Las drogas allanan el camino de muchos jóvenes a la integración a las maras, pero también fortalecen el vínculo de ellos con las dinámicas de la violencia, al integrarlos a complejos procesos de adicción y redes de comercio criminal.

3.7. Familias problemáticas

Si hay un factor que se puede considerar como uno de las causas más importantes y decisivas para que un niño que está a punto de convertirse en adolescente y en adulto se convierta en pandillero, se vuelva extremadamente violento y termine siendo un criminal de carrera, ese factor es la familia. La familia forma parte de un nivel de interacción causal que se ubica más en la esfera de lo relacional y lo privado del joven que en la órbita de lo social o lo comunitario. La familia, con toda su complejidad, con su impacto en la personalidad del joven, con sus pautas de relación interpersonal, determinan, en buena medida, las probabilidades de que un muchacho se convierta o no en pandillero; determinan qué tanto un joven que vive inmerso en un ambiente rodeado de marginalidad y caos resistirá las tentaciones de la calle o sucumbirá ante ella.

Las familias problemáticas, los padres negligentes y abusadores, no solo crean jóvenes acostumbrados a vivir en entornos de violencia y de conflicto, sino también crean personas que buscan desesperadamente respeto, afecto y protección que no han recibido nunca de las personas supuestamente encargadas para hacerlo.

El impacto de las familias sobre los jóvenes que se integran a las pandillas es diverso y complejo. Como en muchos otros factores, la manera en que la familia pone las condiciones para que un

muchacho se sume a las pandillas no proviene de un solo suceso o de un tipo de relación familiar, sino más bien de la compleja forma en cómo se han construido las relaciones familiares en el seno del hogar. De allí que, a diferencia de lo que se suele decir frecuentemente en los medios y por algunos académicos, es muy difícil atribuir el problema del crecimiento de las pandillas a la desintegración familiar o a la existencia de familias monoparentales. Es cierto que muchos pandilleros provienen de familias desintegradas, monoparentales o están a cargo de abuelos, tíos o tutores sin lazos directos de consanguinidad, pero no es menos cierto que muchos otros pandilleros provienen de familias en las que se encuentran ambos padres.

El estudio de mediados de los noventa realizado por el IUDOP encontró que un poco más del 28.3 por ciento de los pandilleros vivían con alguno de sus padres (la mayoría fundamentalmente la

madre), mientras que el 24.3 por ciento dijo vivir con ambos padres, el resto de pandilleros entrevistados dijo que vivía con amigos (22.4 por ciento), con otros familiares (14.2 por ciento) o con otras personas (10.8 por ciento) (Cruz y Portillo, 1997). Aunque ciertamente la mayoría de los pandilleros no viven con ambos padres, el porcentaje de integrantes que viven con sus dos padres no es despreciable y supera a aquellos que viven en compañía de otros familiares. Los resultados de la encuesta hondureña conducida por ACJ y Save the Children UK (2002) parecen mostrar la misma tendencia: según estos, el 62 por ciento de los pandilleros entrevistados en Honduras vivían con sus padres al momento de la encuesta, mientras que el 38 por ciento dijo que no vivía con sus padres⁵.

Por ello, más que hablar de familias desintegradas, lo más preciso es hablar de familias disfuncionales, en donde las relaciones entre sus miembros no funcionan de manera adecuada y formativa para sus integrantes más jóvenes. Es cierto que una madre soltera, que ha sido abandonada por su marido o que simplemente decidió criar a sus hijos sola, suele enfrentar más dificultades para controlar sola a sus hijos adolescentes; es cierto que una madre o un padre solteros suelen tener más dificultades para dividir su tiempo y dedicarle la atención adecuada a sus hijos. Pero no es menos cierto que no todas las madres solteras crían hijos que terminan en las redes pandilleriles, en buena parte porque supieron cómo establecer los vínculos más constructivos y estimulantes para el desarrollo de sus hijos.

Hablar de familias problemáticas que generan pandilleros significa familias en las cuales los padres, tutores o encargados simplemente no se ocupan adecuadamente de las necesidades de sus hijos o de sus familiares de menor edad, ya sea porque no les importan o bien porque deben trabajar tanto que apenas si logran prestarle atención a sus hijos. Significa también familias en las cuales los padres, tutores o encargados construyen relaciones basadas en la agresión, el irrespeto y la violencia hacia los miembros de la familia; significa familias en las que lo único que reciben y perciben los miembros más jóvenes son conflictos que solo son resueltos violentamente. En el primer caso, se trata de familias negligentes, que abandonan a sus hijos a la calle —lo cual no necesariamente significa

que se vuelven niños de la calle—, que son incapaces de responder a las preguntas básicas de ¿qué hacen sus hijos?, ¿dónde están sus hijos? y ¿con quién están sus hijos? (Cruz, 1998) Uno de los pandilleros entrevistados en los proyectos de investigación del IUDOP lo ponía de la siguiente forma:

(Yo me metí a la pandilla) más que todo creo que por la falta de comunicación, creo yo, con mi familia. Porque, pues sí, lo que no tenía con ellos lo encontré con la pandilla. Me imagino que por eso (COAV, entrevista No. 5).

Otro pandillero lo describía así:

O sea, no me siento bien (con mi familia) porque en un tiempo... o sea en un tiempo... o sea mi mamá nunca me entendió, nunca me apoyó. O sea yo encontré algo mejor en la pandilla. O sea, hay gente que dice que no, pero sí en las pandillas hay cariño, hay comprensión, hay gente que apoya (COAV, entrevista No. 11).

Por otro lado, se trata de familias en donde el ejercicio de la violencia en contra de sus miembros más jóvenes o entre los padres es un aspecto de la vida cotidiana. Y este constituye uno de los factores que atraviesan la mayoría de casos de jóvenes que se integran a las pandillas. El uso de la violencia para educar, instruir, corregir o simplemente para relacionarse al interior de la familia constituye uno de los aspectos que, al fin de cuentas, operan con más fuerza a la hora en que los jóvenes deciden integrarse a las pandillas. La victimización constante en manos de los propios progenitores y responsables prepara a los niños y los jóvenes para vivir en un entorno de violencia normalizada, el cual se repite y se perpetúa con la incorporación de los muchachos a las maras. Para muchos pandilleros, la violencia que se vive en las calles en el marco de las guerras urbanas de las pandillas no es particularmente diferente a la violencia que vivían cotidianamente en el seno de sus propios hogares y a manos de sus propios padres; la única diferencia es que en la calle existe la posibilidad de devolver esa violencia sufrida, mientras que en los hogares no. El testimonio de un pandillero lo retrata de la siguiente forma:

Mi papá me echaba; me decía que me fuera (de la casa), que yo no era su hijo... Porque sí,

5. La limitación del estudio de Honduras es que no se especifica si viven con ambos padres o solo con uno de ellos.

porque había problemas... Como una vez yo iba a matar a un padrastro mío y ya no me llevé bien con mi mamá... (COAV, entrevista No. 3).

El estudio de Santacruz y Concha-Eastman (2001) aportó un gran número de evidencias al respecto de los niveles de violencia que sufren en el hogar los jóvenes que se convierten en pandilleros. En primer lugar, dicho estudio encontró que del total de pandilleros entrevistados en 2001, solamente el 16.3 por ciento dijo que nunca había sido castigado físicamente en su propio hogar. Más aún, el mismo estudio halló que la mitad de los pandilleros reportaron haber sido testigos directos de actos violentos cometidos en perjuicio de un tercer miembro del hogar (la madre, hermanos, etc.) en manos del padre o de otra figura de autoridad. Pero quizás uno de los hallazgos más importantes de esa investigación es el que mostró que, en el caso de los hombres, uno de los predictores más claros del ejercicio de violencia criminal ejercida por mareros es el haber sufrido repetidamente de abuso y maltrato dentro del hogar; mientras que en el caso de las mujeres pandilleras es el de contar con un miembro de la familia con un historial delin cuencial. En la misma línea, el estudio de Moser y McIlwaine (2004) en Guatemala encontró que los problemas de maltrato familiar figuraron como las razones más frecuentes por las cuales los jóvenes se unían a las pandillas.

De hecho, todos estos hallazgos no hacen sino confirmar el amplio historial que la literatura sobre violencia y criminalidad juvenil en otras latitudes otorga a la variable de familia, particularmente al uso de la violencia al interior de esta (Thornberry, 2001; Herrenkohl y otros, 2000).

A través de la negligencia, el abandono y el maltrato en el seno del hogar, las familias contribuyen a crear las condiciones para que los jóvenes busquen en la calle el respeto, el cariño y la protección que debería brindar la familia y que terminan ofreciendo alternativamente las pandillas. Las familias problemáticas, los padres negligentes y abusadores, no solo crean jóvenes acostumbrados a vivir en entornos de violencia y de conflicto, sino también crean personas que buscan desesperadamente respeto, afecto y protección que no han recibido nunca de las personas supuestamente encargadas para hacerlo. Esos vacíos son llenados por las pandillas y son llenados a un costo muy alto en las vidas de los mismos jóvenes, los cuales están dispuestos a morir —y a matar— con tal de recuperar ese cariño y respeto.

3.8. Amigos y compañeros pandilleros

La integración de los jóvenes a las pandillas, sin embargo, no surge de la nada. No es que los jóvenes provenientes de familias problemáticas salen a la calle y deciden formar su propia *clika* o pandilla sobre la base de un conocimiento previo del pandillerismo. No, no es así como funciona. Se trata más bien de procesos según los cuales, la lenta expulsión del hogar problemático va siendo completada por una también lenta integración al grupo de amigos ya existente en la calle o en la escuela. En la medida en que ese grupo de amigos esté integrado por pandilleros o se trate de una *clika* pandilleril, en esa medida hay más probabilidades de que el joven termine siendo parte de la pandilla también. De hecho, un adolescente que vive en un barrio plagado de pandillas y de grupos de criminalidad organizada tiene más probabilidades de terminar integrado a una de esas pandillas que un joven que vive en un barrio igualmente marginal y deprivado, pero en el que no existen grupos pandilleriles.

Así, las relaciones que suelen tener un impacto muy grande en la decisión de los niños y adolescentes para integrar la pandilla son precisamente las que establecen con otros jóvenes con historial de pertenencia a las pandillas o de vida criminal. Son estos los que se convierten en los modelos o en los inductores de los procesos de afiliación a las pandillas en una etapa de la vida en la cual el joven está en la búsqueda de identidad (Smutt y Miranda, 1998). Son estos pares los que ofrecen una serie de recursos que no suelen estar al alcance de los jóvenes en su vida dentro del hogar: solidaridad, respeto, pero también acceso a recursos y dinero (Santacruz y Concha-Eastman, 2001). Como dicen, Smutt y Miranda son estos amigos y la posibilidad de integrar las pandillas lo que “resguarda a los jóvenes de las agresiones a las que se enfrentan, producto de la crisis social, económica, cultural y educativa” (1998, p. 120). Muchos adolescentes simplemente se integran a las maras porque todos sus amigos y pares que cuentan con las mismas edades están de hecho en las pandillas y ni la comunidad ni la escuela ofrecen otras alternativas de asociación más constructiva.

Los siguientes testimonios ejemplifican esos procesos:

Como de doce años fue que conocí a unos cheros que ya estaban en eso (de las pandillas) también. Y empecé a ir a las colonias en donde

ellos vivían, sentí que, no sé, me sentía mejor allí, pues, que en mi casa prácticamente (COAV, entrevista No. 5).

O sea que él llegaba a la escuela porque él estudiaba en la noche y yo estudiaba en la mañana. Entonces él llegaba ahí y solo pasaba, y después fue que nos hablamos y todo y nos fuimos conociendo y de ahí platicábamos y después me presentaba a los amigos de él y todo. Después los bichos me hablaban a mí y así los fui conociendo hasta que después me fui cayendo más y más en la pandilla hasta que me quedé (COAV, entrevista No. 12).

Al atractivo que implica sumarse a un grupo de amigos que ofrecen respeto y solidaridad se suma también el hecho de que la pandilla es el único grupo capaz de ofrecer protección y seguridad en un entorno marcado por la hostilidad de la calle:

Es que allí llegaba un homeboy, allí en la colonia y él mandaba el barrio, y me llegaba también porque los Mierda (MS) solo jodiéndolo a uno, que dándole verga, que jeteándolo... desde ahí, de ese entonces que agarré cora con esos majes. De ahí que me dijeron: ‘y vos no tenés ganas de brincarte [integrarte]’, ‘simón’ dije yo y nos fuimos a brincar (COAV, entrevista No. 1).

Ese proceso de integración a las pandillas, facilitado por los vínculos que se establecen con los pares y los modelos pandilleros, es complementado por las dinámicas de violencia. Esta es la que termina anclando definitivamente a los niños y adolescentes a un mundo de actividades criminales y de muerte.

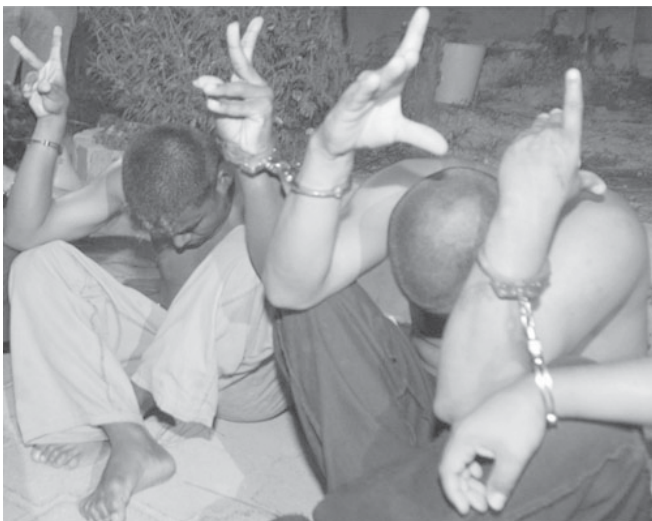
3.9. Dinámica de la violencia

Cuando se habla de las pandillas se suele hablar mucho de la violencia y del crimen que las mismas generan, pero pocas veces se discute el peso que tiene la misma violencia en la configuración de los procesos de afiliación, integración e identificación de los jóvenes en las mismas pandillas. La violencia juega un papel fundamental no solo como vehículo de interacción de los jóvenes integrados en las maras, también juega un papel particular en los procesos de vinculación a las mismas. La violencia es la que sella y blinda de forma definitiva la pertenencia

de niños y adolescentes, que apenas comienzan a conocer la vida, al mundo de criminalidad y de muerte en el que más tarde se convierten las maras.

Como bien apuntó Martín-Baró hace varios años (1982/1992), la violencia tiene una dinámica propia, la cual asegura su propia perpetuidad de manera autónoma. El famoso dicho de que “la violencia genera más violencia” tiene que ver con el hecho de que una vez se activan los mecanismos de la violencia, la reproducción de la misma se vuelve autónoma y difícil de controlar. En el caso de las pandillas, cuya actividad fundamental gira alrededor del uso de la violencia, este carácter autorreproductor de la misma se expresa con más nitidez. La afiliación de los jóvenes a las pandillas está ineludiblemente marcada por el uso de la violencia y una vez esto ocurre en la práctica, el anclaje del joven con la pandilla se vuelve perenne. Esto significa que una vez el joven ha agredido a un rival o ha sido victimizado por un rival dentro de la guerra universal urbana de las pandillas, ya es muy difícil detener el ciclo de venganzas y desagravios que se activan con el uso de la violencia. Esto cruza la totalidad de las experiencias personales de los jóvenes que se integran a las pandillas.

Al principio no me dejaban hacer cosas. Yo era el niño y me cuidaban. De ahí me mataron a un loco que nos llevaba palabra [que nos mandaba]. Ahí fue donde mi mente desarrolló más, de ahí sí me cuadró más. Me hice más piratón, comencé a andar jodiendo más con todos (COAV, entrevista No. 6).



Yo quiero seguir en eso (en las pandillas) porque no me voy a quedar picado con lo que hicieron con mi *homeboy* (amigo), porque se tienen que ir más calaveras (tengo que matar más)... Si la muerte me sorprende, bienvenida sea les digo yo a los *homeboys*. En mi barrio muero les digo, ¿cuál es la casaca?. Yo me he metido en una vaina, en la 18, para responderle también: o me matan o mato (COAV, entrevista No. 2).

Muchos jóvenes que se integran a las pandillas, lo hacen llenos de dudas e incertidumbre. Para aquellos a quienes el brutal rito de iniciación⁶ a las pandillas no logra convencerlos de su nueva identidad adquirida, la posterior participación en las misiones iniciáticas, consistentes en la intervención en un acto criminal, suele despejar esas dudas y lanzar al joven a una vorágine de violencia en la que se reafirma su afiliación e identidad pandilleril.

De 9 años andaba vacilando, pero a los 10 me decidí brincar y me brinqué. Pero después vi la cosa seria, yo me ahuevaba y no salía ya, y estuve como tres meses de no vacilar. Después me leyeron la cartilla [me recordaron las normas] y me para un bato loco: ‘¿qué se me va a correr?’, que para qué se metió a la grande, ‘pues socá la verga’ dijo. Vaya, todo, de ahí corrí el pedo (entendí las normas) y hemos matado bastante, bastante chaval y todo eso... (COAV, entrevista No. 2).

A esa dinámica de violencia contribuye la particular configuración de la guerra de las pandillas que ha tomado lugar en los países del norte de Centroamérica. En estos países, a diferencia de otros en los cuales también existen pandillas, estas han desarrollado una guerra en función de identidades y no solo en función de territorios. Esto ha sido posibilitado porque tanto en El Salvador, como en Guatemala y en Honduras, se han creado dos grandes federaciones de pandillas (la *MS* y la *18*), cuya guerra total toma lugar en cualquier sitio y en cualquier momento independientemente de las condiciones específicas del entorno. En otras palabras, la violencia entre las pandillas ya no solo depende de la defensa de territorios, sino que sobre todo depende de la defensa de identidades, esto hace que la guerra se vuelva universal y la violencia ubicua: ya no importa si dos pandilleros se cruzan en otro país o en la cárcel, su propia identidad

les obliga a enfrentarse. Esto no hace sino amplificar las posibilidades y el ejercicio de la violencia.

Hace poco en La Bomba, con el Zurdo y una bicha que le dicen Smiling, encontramos un Mierda (MS) y lo reventamos... ¡O sea que tenés que reventar y seguir a los Mierda! Pues lo seguís y si lo alcanzás y sabés que tenés algo, lo tenés que chuziar (apuñalar) (COAV, entrevista No. 11).

3.10. Dificultades con la conformación de identidad

Finalmente, a nivel individual existe un aspecto que juega un papel clave para comprender por qué algunos jóvenes deciden integrarse a grupos en donde prevalece el riesgo y la violencia, como lo son las pandillas. Este aspecto se refiere a las dificultades por la que pasan los adolescentes en los procesos de conformación de identidad. Si hay algo que explica que personas que aun son niños se decidan por las pandillas, aun con lo de amenaza a su propia integridad implica, es que las pandillas constituyen el más cercano —o el único— grupo que tienen los jóvenes de referencia. En un momento en la vida en que los adolescentes se encuentran buscando respuestas a las preguntas sobre su propia identidad y su personalidad, las maras se plantean como la única respuesta plausible y estas no solo ofrecen violencia y riesgo, sino sobre todo para los jóvenes marginados ofrecen la posibilidad de satisfacer las carencias afectivas y materiales.

Lo que a mí me gustaba, pues que me gustó verlos que todos eran unidos, que si alguien tenía algo y le decía ‘prestame tal cosa’, sí decían. Todos se prestaban sus cosas y bien así pues. O sea que eso fue lo que me gustó... porque se tratan como hermanos y no se andan peleando entre ellos mismos y que todos tienen que estar unidos (COAV, entrevista No. 12).

Como lo afirman de nuevo Smutt y Miranda: “*el grupo de amigos de la esquina* se constituye para los niños, niñas y adolescentes en la opción de recreación más atractiva y muchas veces también constituyen la única alternativa de socialización a su alcance” (1998, p. 125). Esto se combina con una pronunciada ausencia de modelos positi-

6. El rito de iniciación más común en las pandillas, sea la *MS* o la *18*, es el que consiste en soportar una paliza por un tiempo determinado de parte de quienes serán sus compañeros de pandilla.

vos tanto en el hogar como en la comunidad y en la sociedad. Para niños y jóvenes que han vivido en condiciones de exclusión, en hogares en donde los padres difícilmente han podido cumplir con su tarea de ser buenos padres, en comunidades en donde se privilegian los valores y normas que legitiman la violencia, y en una sociedad que propone modelos de comportamiento frecuentemente ambiguos con respecto a la convivencia y el respeto a los demás, las pandillas callejeras se vuelven en el referente más claro y menos confuso para la construcción de su propia conciencia como persona. Eso explica ese compromiso con las pandillas, el cual puede ser llevado hasta las últimas consecuencias. Así, es imposible comprender el fenómeno de las pandillas sin tomar en cuenta esa característica etapa transicional en la que se encuentran los jóvenes que deciden integrarlas.

Yo me juntaba con ellos... de ahí comencé a andar con ellos. Me sentía muy bien con ellos, me siento muy bien con ellos. Ellos me dan todo lo que yo quiero... (COAV, entrevista No. 3).

Las maras proveen identidad, ayudan a responder a la difícil pregunta de “¿quién soy?”. Además, las maras proveen autonomía, ayudan a fomentar un sentido de independencia y de supervivencia en un contexto en el cual la autonomía es limitada por la escasez de oportunidades y de recursos. Esa autonomía es lograda mediante el ejercicio de las actividades criminales, pero eso se convierte paradójicamente en el mismo configurador de la identidad pandilleril, la cual difícilmente puede ser abandonada más tarde.

Me gustó, me gustó conseguir dinero fácil, pasarme la vida en la calle, solo vagando. Uno se acostumbra a esa vida, a mí me gustaba que ellos no hacen nada, andan con buenas novias, tienen armas, agarran dinero. No sabía yo lo que faltaba vivir que es la cárcel... no me imaginaba nunca que íbamos a llegar hasta eso... Cuando me di cuenta ya era demasiado tarde, ya andábamos manchados (tatuados). Ya no me los podía quitar, y si me los quitaba... solo muerto (COAV, entrevista No. 4).

3.11. El carácter multicausal de los factores

Todo lo anterior constituye solo un vistazo al complejo sistema de factores sociales, individuales y circunstanciales que están detrás del fenómeno de las pandillas. Obviamente no todos tienen el

mismo peso, pero tampoco es posible explicar la complejidad del fenómeno de las maras centroamericanas sin hacer referencia a ellos. Ello no significa, por otro lado, que este recuento agota todos los factores causales y explicativos posibles. De ninguna manera. De hecho, sería muy difícil negar la presencia de otros factores a nivel tanto social como individual en la concurrencia del fenómeno de las maras, pero los que se han descrito en los párrafos anteriores constituyen aquellos de los cuales existe cierto nivel de evidencia en la literatura centroamericana sobre las maras.

Pero también es muy importante considerar el carácter dinámico del fenómeno y, por lo tanto, señalar que aún la importancia y la interacción de esos factores que están detrás de la problemática pueden variar con la misma transformación que sufre el fenómeno constantemente. Las maras de la actualidad no son las mismas de hace diez o cinco años, y su evolución supone que algunos factores se vuelven más importantes que otros. Un estudio realizado por Rodgers (2003) con las pandillas en Nicaragua encontró que entre 1996 y 2002, las pandillas de un barrio de la ciudad de Managua habían sufrido una transformación importante en su forma de operar y en su estructura como producto de la ampliación de las redes de tráfico de drogas y la dinámica de violencia generada para controlarlas. El estudio “Barrio Adentro” de Santacruz y Concha Eastman (2001) encontró algo parecido en las pandillas del área metropolitana de San Salvador, en un análisis comparativo que se llevó a cabo con otro estudio similar en 1996 (Cruz y Portillo, 1998). El estudio en cuestión encontró que los comportamientos de los jóvenes pandilleros se habían vuelto más violentos y que consumían más drogas en 2001 que lo reportado en 1996; sin embargo, el estudio no adelantó ninguna hipótesis sobre las razones de esa transformación.

4. La ruta de la violencia juvenil colectiva

El carácter dinámico del fenómeno lleva a considerar la ruta de evolución de las pandillas y la violencia que las caracteriza a lo largo del tiempo. Como ya se ha dicho anteriormente, el fenómeno de las pandillas ha sido extremadamente cambiante a lo largo del tiempo, particularmente en los últimos años. Esta transformación tiene que ver directamente con el comportamiento de los mismos pandilleros en el ejercicio de la violencia, dicho en otras palabras, el aspecto en donde se expresa con más claridad la

transmutación del fenómeno de las maras centroamericanas es en el comportamiento criminal.

Con el paso del tiempo se ha vuelto más claro que los pandilleros están cada vez más cerca de un perfil que se acerca indiscutiblemente al perfil del crimen organizado: grupos bien estructurados con una clara motivación criminal que viven de una especie de economía ilegal a través de acciones como la extorsión, el secuestro, el robo de vehículos y mercancías y el asesinato por encargo. A pesar de que hay diferencias importantes en el nivel de criminalización organizacional que han alcanzado las maras en cada uno de los países y ciudades de Centroamérica, está claro que las maras no nacieron como bandas del crimen organizado, pero lo que no siempre está claro es que antes de ello las mismas son producto de un proceso de complejización en donde la violencia impone una dinámica que establece la ruta para un ejercicio cada vez más intenso y generalizado de la violencia.

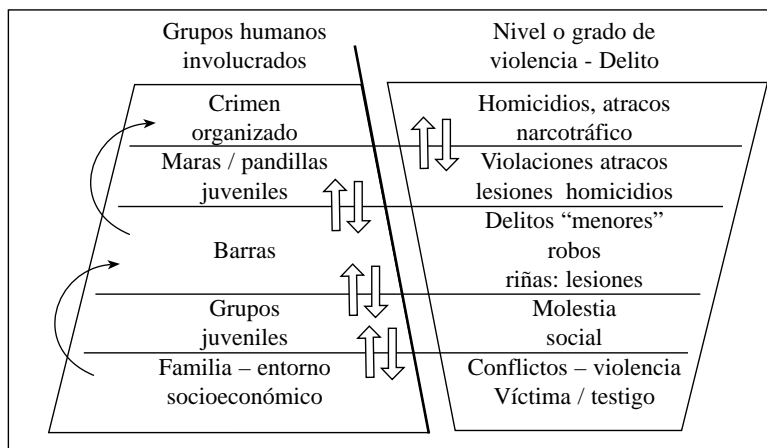
En este punto resulta útil echar mano del modelo de la ruta de la violencia colectiva juvenil que fue elaborado por Concha-Eastman como parte del estudio sobre las maras en El Salvador en 2001. Según ese modelo (ver Figura 1), la violencia juvenil colectiva nace de las condiciones familiares y del contexto socioeconómico en el que se desenvuelven los niños y adolescentes; en esos entornos prevalecen la conflictividad y el uso de la violencia, los cuales son sufridos por los miembros familiares más jóvenes de forma directa (como víctimas) o indirecta (como testigos). Dichos ambientes pueden dar pie a grupos juveniles que en el peor de los casos constituyen una especie de “molestia social”, esto es, jóvenes que en situación grupal alteran el orden y la paz urbana a través de comportamientos que pueden llegar a ser estridentes e incómodos para el resto de ciudadanos, pero que no llegan a constituir delitos o una agresión física hacia otras personas. Esos grupos juveniles pueden evolucionar a lo que se da en llamar “barras” dentro del modelo de ruta de la violencia; estos grupos, que están constituidos por jóvenes que tienen algún comportamiento criminal, pueden llegar a cometer delitos menores, como los robos, los hurtos, y a participar en procesos de violencia grupal, como las riñas en donde son posibles las agresiones y las lesiones físicas hacia otras personas. Las barras pueden dar lugar a las pandillas juveniles, en este caso las maras centroamericanas, las cuales son capaces de cometer delitos de mayor gra-

vedad e impacto en la sociedad: homicidios, asaltos a mano armada, violaciones y lesiones. Finalmente, la ruta de la violencia juvenil colectiva puede llevar a los grupos de crimen organizado, los cuales son responsables del nivel más intenso de crimen y violencia. Ya no solo son capaces de cometer delitos muy graves como los homicidios y las violaciones, sino que, además, tienen la capacidad de organizar toda la dinámica grupal en torno a los propósitos expresamente criminales como parte de una economía criminal. Los grupos que controlan las redes de drogas, armas y trata de personas se encuentran en este último nivel de la ruta de la violencia.

Sobre este modelo hay que hacer tres consideraciones adicionales. La primera es que, como puede verse en el mismo, la ruta de la violencia juvenil colectiva sigue un sendero en el cual la participación de los jóvenes en los grupos humanos involucrados se estrecha, pero la magnitud de sus acciones criminales se ensancha. De allí que en la medida en que se avanza en la ruta de la violencia, la intervención de los jóvenes es más reducida, es decir, hay menos jóvenes participando en el crimen organizado que los que participan en las barras o grupos juveniles; pero al mismo tiempo, la capacidad de los grupos de producir perjuicios a la sociedad, por pequeños que sean, es mayor. La importancia de este proceso radica en la necesidad de señalar que aun cuando las maras que se vinculan al crimen organizado sean un fenómeno cada vez más frecuente en Centroamérica y aun cuando sus acciones suelen tener un impacto muy fuerte en la sociedad, esto no significa que su número está necesariamente creciendo.

La segunda consideración sobre el modelo en cuestión es que, a pesar de su carácter dinámico, este no sugiere que una etapa en la ruta va necesariamente a desembocar en la siguiente más grave. No todas las familias con antecedentes problemáticos y con dificultades socioeconómicas van a generar grupos sociales juveniles que son un problema y no todas las pandillas necesariamente van a transformarse en crimen organizado. Lo que sí intenta demostrar el modelo es que, por lo general, antes de fenómenos como el crimen organizado, en el que están involucrados los jóvenes, se encuentran otras fases en las que se han gestado las condiciones para que un grupo de muchachos de no más de 25 años edad sea capaz de mantener aterrorizada a un barrio o ciudad.

Figura 1
La ruta de la violencia juvenil colectiva



Fuente: Santacruz y Concha-Eastman (2001).

Pero lo que también intenta mostrar el modelo de la ruta de la violencia juvenil colectiva es que detrás de cada paso en el recrudecimiento del fenómeno de la juventud violenta se encuentran una serie de factores que favorecen ese paso, precisamente porque facilitan la interacción de la violencia juvenil. Es la interacción con esos factores, muchos de ellos descritos en la sección anterior, la que crea los mecanismos para que la violencia juvenil colectiva se vuelva crecientemente compleja. Es por ello que no todas las barras juveniles se convierten en pandillas, de la misma manera en que no todas las pandillas necesariamente se transforman en bandas del crimen organizado.

Pero, ¿cuáles son los factores que están detrás del desarrollo de la ruta de la violencia juvenil colectiva? Sin menospreciar el complejo espectro de aspectos que interactúan con la evolución del fenómeno, el propósito en este punto es subrayar la importancia de uno en particular, este es, las respuestas estatales al fenómeno de la violencia juvenil organizada. Y es que para comprender por qué unos países han sido relativamente exitosos, como Costa Rica o Nicaragua, para enfrentar el fenómeno de las pandillas y para modificar sustancialmente la ruta de la violencia juvenil, es fundamental considerar la dimensión política que acompaña y enfrenta al fenómeno.

Está claro que las pandillas juveniles no nacen ni se desarrollan en un vacío social, lo que usualmente no se subraya es que esto significa que las

pandillas también nacen, evolucionan y se transforman —para bien o para mal— en un entorno institucional, el cual tiene que ver con decisiones políticas, con un marco jurídico establecido y con el comportamiento de las instituciones que deben lidiar con la problemática. Son estos elementos, los cuales se concretan en las políticas públicas, los que tienen la capacidad de modificar y transformar la susodicha ruta de la violencia juvenil. Sin duda, las políticas públicas no constituyen el único factor capaz de producir cambios en la configuración de las pandillas, pero son el instrumento más crucial de intervenir de forma controlada e intencional sobre los otros factores. La posibilidad de transformar, por tanto, la ruta de la violencia juvenil colectiva, de impedir el desarrollo de los grupos juveniles en maras o, en el peor de los casos, en bandas del crimen organizado depende en buena medida de las previsiones y contenciones que crean las instituciones del Estado como parte de una política pública.

Volviendo al modelo de la ruta de la violencia juvenil colectiva, eso significa establecer mecanismos que impiden que la violencia alimente las dinámicas sociales que llevan al siguiente nivel del proceso de agrupación juvenil delictiva. En términos prácticos, ello implica políticas públicas que son capaces de articular estrategias de intervención que consisten en prevención primaria para los niveles más bajos de la ruta de la violencia (familia, grupos juveniles), prevención secundaria para gru-

pos como las barras juveniles, prevención secundaria y terciaria para las pandillas y maras, y la aplicación de la ley penal para los grupos del crimen organizado (Concha-Eastman, 2005).

Sin embargo, el examen de cómo los Estados han fracasado en impulsar políticas públicas que resuelven el fenómeno o que, al menos, impidan el agravamiento del problema de las maras está fuera del alcance de los objetivos de este extenso artículo. Valga decir, por el momento, que ese es un trabajo necesario y que debe ser hecho para poder dimensionar adecuadamente la responsabilidad de los gobiernos centroamericanos en la creación del monstruo de las pandillas.

5. A manera de conclusión

Este trabajo ha intentado mostrar que el complejo fenómeno de las maras en Centroamérica no es producto de una sola causa ni tampoco es el resultado de una especie de predeterminación histórica de los países que sufrieron una guerra civil en el pasado. Las pandillas son el producto de una intrincada combinación de factores de diversos tipos, que se han conjugado en el tiempo como resultado de decisiones políticas y sociales, de condiciones culturales e históricas y de decisiones colectivas y personales.

El fenómeno de las maras no puede ser explicado simplemente a partir de la migración, como tampoco puede ser explicado aludiendo sin más a la pobreza. Para entender el fenómeno de las maras hay que tener en cuenta cómo las condiciones estructurales de las sociedades centroamericanas se conjugan con factores coyunturales sociales, con factores relacionales, con dinámicas comunitarias y con las decisiones personales de los mismos jóvenes que terminan engrosando ese fenómeno. Y después de ello, es importante considerar cómo las mismas condiciones generadas por las maras y cómo las decisiones políticas tomadas para responder hacia ellas contribuyen a reproducir, a limitar o, en el mejor de los casos, a reducir el fenómeno.

Las maras son, pues, un fenómeno sociohistórico. No aparecen de la nada ni va a desaparecer de repente si no se toman acciones que intervengan sobre esa mirada de factores que están detrás. Esto significa, dicho de manera simple, vencer los mecanismos de exclusión social que marginan a muchos de nuestros jóvenes, hacer un esfuerzo político de reeducación ciudadana en la convivencia, pla-

nificar mejor el desarrollo urbano, enfrentar las consecuencias de la migración con programas de reinserción social, fomentar la organización y la participación ciudadana a nivel comunitario y local, combatir con firmeza el tráfico de drogas, generar políticas de atención a las familias problemáticas en desventaja social y económica, ofrecer espacios de entretenimiento y oportunidades de empleo por igual a los jóvenes, entre otras cosas.

A la luz de la situación de las maras en Centroamérica, está claro que lo que ha sido hecho no ha servido sino para agravar el problema y que ahora a mediados de la década del primer milenio, las maras son una amenaza más grave para la seguridad pública de las sociedades centroamericanas de lo que eran hace quince años cuando aparecieron. Por ello, se vuelve crucial cambiar el enfoque por el cual los gobiernos de la región, incluyendo el de Estados Unidos —el cual tiene mucha responsabilidad—, se han aproximado al problema. Esto puede tomar algún tiempo y los resultados tardarán en cristalizarse, pero es necesario hacerlo antes que el problema se agrave aún más.

Algunas personas piensan que ya no hay mucho por hacer con el estado actual del fenómeno de las maras, que después de todo las mismas se han transformado tanto que ya no es posible hablar de pandillas sino de crimen organizado juvenil, y que, por lo tanto, lo único que queda es reforzar los aparatos policiales de represión del delito. Aún aceptando que las maras centroamericanas se encuentran ahora más cerca de ser crimen organizado que de ser lo que tradicionalmente se ha dado en llamar pandillas, es claro que no se puede cometer el mismo error de ignorar las condiciones sociales que han creado estos grupos. Prestar atención a los jóvenes sigue siendo tan moralmente válido y tan necesario como lo era hace dos décadas porque de otra manera seguiremos alimentando las posibilidades de que los más jóvenes perpetúen la violencia; prestar atención a los jóvenes implica prevenir que la violencia en Centroamérica se siga reproduciendo por siempre.

Referencias bibliográficas

- Arana, A. (2005). "How the street gangs took Central America". *Foreign Affairs*, May-June.
- Argueta, S. y otras. (1992). "Diagnóstico de los grupos llamados 'maras' en San Salvador. Factores psicosociales que prevalecen en los jóvenes que los integran". *Revista de Psicología de El Salvador* 43, 53-84.

- Carranza, M. (2004). "Políticas juveniles y rehabilitación de mareros en El Salvador". En: ERIC, IDIES, IUDOP, NITLAPAN-DIRINPRO (eds.). *Maras y pandillas en Centroamérica: políticas juveniles y rehabilitación, Volumen III*. Managua: UCA Publicaciones.
- Carranza, M. (2005). "Detención o muerte: hacia dónde van los niños pandilleros en El Salvador". En Luke Downey (ed.). *Ni guerra, ni paz: comparaciones internacionales de niños y jóvenes en violencia armada organizada*. Río de Janeiro: Viveiro de Castro Editora.
- Carranza, M.; Castro, M.; y Domínguez, N. (2004). "Honduras. Pobreza, desconfianza social y crimen". En: ERIC, IDESO, IDIES e IUDOP. (eds.). *Maras y pandillas en Centroamérica. Pandillas y capital social. Volumen II*. San Salvador: UCA Editores (pp. 159-226).
- Castro, M.; y Carranza, M. (2001). "Las maras en Honduras". En: ERIC, IDESO, IDIES e IUDOP (eds.). *Maras y pandillas en Centroamérica, volumen I*. Managua: UCA Publicaciones.
- Centro de Investigación Económicas Nacionales. (CIEN). (2002). *Estudio sobre la magnitud y el costo de la violencia en Guatemala*. Guatemala: CIEN.
- Concha-Eastman, A. (2005). "Violencia, juventud y adolescencia". Ponencia presentada en el Taller regional TEACH-VIP, realizado en la Ciudad de Panamá, del 14 al 16 de septiembre de 2005. Organización Panamericana de la Salud y GTZ.
- Cruz, J. M. (2004). "Pandillas y capital social en Centroamérica". En: ERIC, IDESO, IDIES e IUDOP. (eds.). *Maras y pandillas en Centroamérica. Pandillas y capital social. Volumen II*. San Salvador: UCA Editores (pp. 277-326).
- Cruz, J. M. (1998). "Factores de riesgo de la violencia en la escuela". En: PNUD (ed.). *Violencia en una sociedad en transición*. San Salvador: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.
- Cruz, J. M.; y Santacruz, M. L. (2005). *La victimización y la percepción de seguridad en El Salvador en 2004*. San Salvador: Ministerio de Gobernación.
- Cruz, J. M.; Carranza, M.; y Santacruz, M. L. (2004). "El Salvador. Espacios públicos, confianza interpersonal y pandillas". En: ERIC, IDESO, IDIES e IUDOP. (eds.). *Maras y pandillas en Centroamérica. Pandillas y capital social. Volumen II*. San Salvador: UCA Editores (pp. 81-113).
- Cruz, J. M. y Portillo, N. (1998). *Solidaridad y violencia en las pandillas del gran San Salvador. Más allá de la vida loca*. San Salvador: UCA Editores.
- CELADE y UNFPA. (2000). Youth, population and development in Latin America and the Caribbean. Summary and conclusions (documento mimeografiado).
- ERIC, IDESO, IDIES e IUDOP. (2001). *Maras y pandillas en Centroamérica, volumen I*. Managua: UCA Publicaciones.
- Flores, H. y otros. (2005). "Políticas juveniles y rehabilitación de mareros en Honduras". En: ERIC, IDIES, IUDOP, NITLAPAN-DIRINPRO (eds.). *Maras y pandillas en Centroamérica: políticas juveniles y rehabilitación, Volumen III*. Managua: UCA Publicaciones (pp. 187-292).
- Fundación Antidrogas de El Salvador (FUNDASALVA). (2004). Consumo de sustancias psicoactivas. Estudio nacional. San Salvador: FUNDASALVA.
- Gaborit, M. (2005). "Los círculos de la violencia: sociedad excluyente y pandillas". Conferencia dictada el 4 de febrero de 2005 en Tegucigalpa, Honduras, con ocasión del Diplomado sobre violencia y convivencia social de la Universidad Nacional Autónoma de Honduras y el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.
- Gaviria, A. & Pagés, C. (1999). "Patterns of Crime Victimization in Latin America". Working Paper No. 408. Washington, D.C: Interamerican Development Bank.
- Gurdián, H. (2004). "El peligro de las pandillas y/o maras en la región". *Boletín policial de circulación interna*. Año VII, 58 (Managua: Policía Nacional, Secretaría Ejecutiva).
- Herrenkohl, T. I. y otros. (2000). "Developmental risk factors for youth violence". *Journal of Adolescent Health* 26, 176-186.
- Huezo, M. (2001). "Cultura y violencia en El Salvador". En: PNUD (ed.). *Violencia en una sociedad en transición*. San Salvador: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (pp. 115- 137).
- Instituto Universitario de Opinión Pública (IUDOP). (1993). "La delincuencia urbana. Encuesta exploratoria". *Estudios Centroamericanos (ECA)*, 534-535, 471-482.
- Lederman, D. (2000). "Ciencia, investigación y políticas públicas: el curioso caso del crimen y la violencia en América Latina". Ponencia presentada en la Conferencia internacional: "Crimen y violencia: causas y políticas de prevención", auspiciada por el Banco Mundial y la Universidad de los Andes. Bogotá, Colombia, 4 y 5 de mayo de 2000.
- Levenson, D. (1989). "Las 'maras'. Violencia juvenil de masas". *Polémica*, 7, segunda época, 2-12.
- Levenson, D. (1988) "On their own; a preliminary study of youth gangs in Guatemala City". *Cuadernos de investigación de AVANCSO*, No. 4.

- Martín-Baró, I. (1982/1992). *Acción e ideología. Psicología social desde Centroamérica*. San Salvador: UCA Editores.
- Merino, J. (2001). "Las maras en Guatemala". En: ERIC, IDESO, IDIES e IUDOP (eds.). *Maras y pandillas en Centroamérica, volumen I*. Managua: UCA Publicaciones.
- Moser, C. y McIlwaine, C. (2004). *Encounters with violence in Latin America. Urban poor perceptions from Colombia and Guatemala*. Nueva York: Routledge
- Moser, C. y Winton, A. (2002). "Violence in the Central American Region. Towards an Integrated Framework of Violence Reduction". Working Paper No. 171. London: Overseas Development Institute.
- Organización Panamericana de la Salud (OPS). (1980). *Las condiciones de salud en las Américas 1977-1980. Volumen I*. Washington, D.C.: OPS.
- Papachristos, A. "Bandas globales". *Foreign Policy (edición española)*, abril-mayo (2005). "En línea". http://www.fp-es.org/abr_may_2005/story_8_10.asp. Fecha de acceso: 13 de septiembre de 2005.
- POLSEC-PNUD. Estado de la seguridad ciudadana en la ciudad de Guatemala. "En línea": www.polsec.org
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo. (PNUD). (2002). *Armas de fuego y violencia*. San Salvador: Programa Sociedad sin Violencia, PNUD.
- Ribando, C. (2005). "Gangs in Central America". CRS Report for Congress.
- Rocha, J. L. (2001). "Balance de los estudios en los cuatro países". En: ERIC, IDESO, IDIES e IUDOP (eds.). *Maras y pandillas en Centroamérica, volumen I*. Managua: UCA Publicaciones.
- Rodgers, D. (2003). "Dying for it: gangs, violence and social change in urban Nicaragua". Working paper No. 35. London: LSE Crisis State Program.
- Rubio, M. (2002). *La violencia en Honduras y la región del Valle de Sula*. Washington, D.C.: Banco Interamericano de Desarrollo.
- Policía Nacional Civil. (2003). *Memoria de labores, junio 2002-mayo 2003*. San Salvador: Gobierno de El Salvador.
- Salomón, L. (1993). *La violencia en Honduras 1980-1993*. Tegucigalpa: CEDOH-CONADEH.
- Salomón, L.; Castellanos, J.; y Flores, M. (1999). *La delincuencia juvenil. Los menores infractores en Honduras*. Tegucigalpa: CEDOH.
- Santacruz, M. y Concha-Eastman, A. (2001). *Barrio adentro. La solidaridad violenta de las pandillas*. San Salvador: IUDOP-UCA/OPS.
- Santacruz, M. L. (2005). "La solidaridad violenta de las pandillas callejeras: el caso de El Salvador." En: Nelson Portillo, Mauricio Gaborit y José Miguel Cruz (eds.), *Psicología social de la posguerra. Teoría y aplicaciones desde el Salvador*. San Salvador: UCA Editores (pp. 352-393).
- Santacruz, M. L. y Cruz, J. M. (2001). "Las maras en El Salvador". En: ERIC IDESO, IDIES e IUDOP (comp.) *Maras y pandillas en Centroamérica, volumen I*. Managua: UCA Publicaciones (pp. 15-107).
- Samayoa, S. (2002). "La prevención social de la delincuencia como eje central de la seguridad pública". En: PNUD (ed.). *Aportes para la convivencia y la seguridad ciudadana*. San Salvador: Sociedad sin Violencia (pp. 71-106).
- Save the Children UK y Asociación Cristiana de Jóvenes. (2002). *Las maras en Honduras*. Tegucigalpa: Save the Children UK y ACJ.
- Smutt, M. y Miranda L. (1998). *El fenómeno de las pandillas en El Salvador*. San Salvador: UNICEF/FLACSO.
- Thornberry, T. P. (2001). Risk factors for gang membership. En: Jody Miller y otros (eds.). *The modern gang reader*. Los Ángeles: Roxbury Publishing Company (pp. 32-42).
- Vigil, J. D. (2001). Barrio gangs: street life and identity in Southern California. En: Jody Miller y otros (eds.). *The modern gang reader*. Los Ángeles: Roxbury Publishing Company (pp. 22-31).
- Zilberg, Elana (2004). "Fools Banished from the Kingdom: Remapping Geographies of Gang Violence between the Americas (Los Angeles and San Salvador)", *American Quarterly* 3, Vol. 56, septiembre, pp. 759-779.